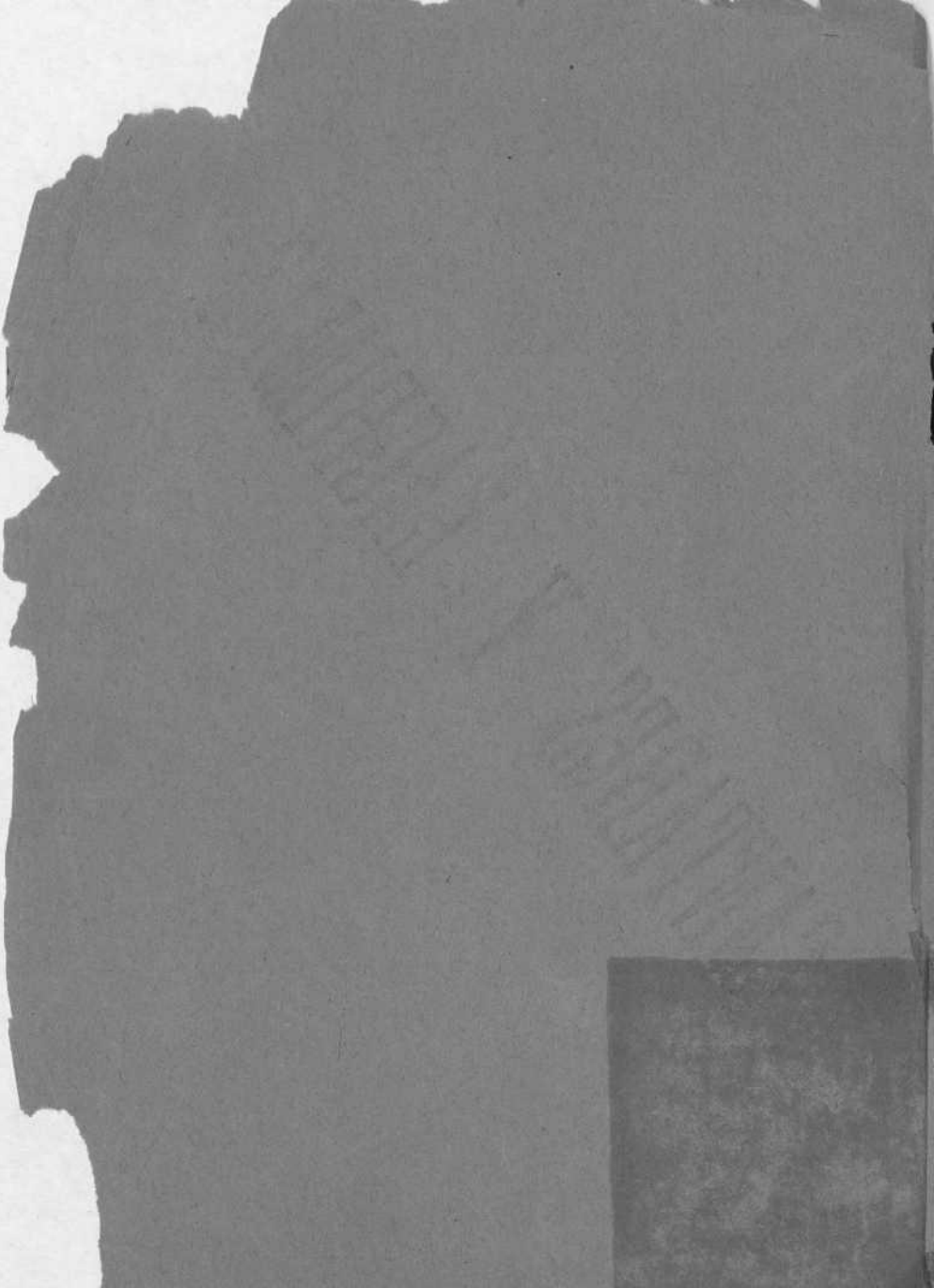
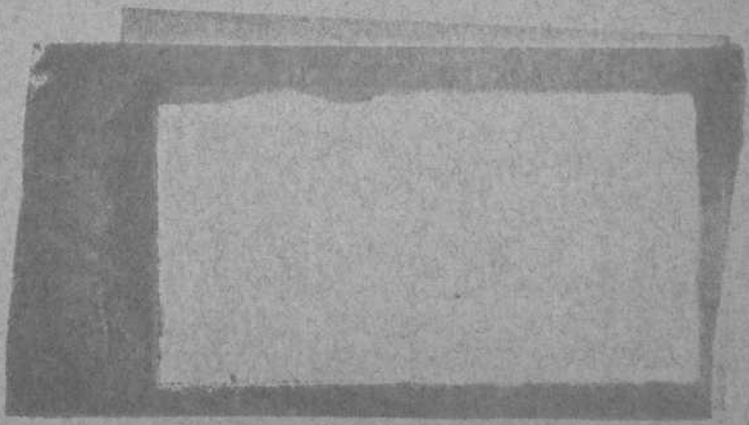
Reclamar 50
apunte
Vanez

CANTARES Y LAGRIMAS.



B.P. de Soria
61069768
SS 860-8 IBA can
SS
860-8
IBA
can



R. 33954

BIBLIOTECA PÚBLICA SORIA

Folletin de EL NOTICIERO DE SORIA.

Cantares y Lágrimas

Artículos, Poesías y Pequeñas Historias

POR

Pedro Ibañez Gil.

Tipografía de EL NOTICIERO
1893.

Cantares y Lágrimas

Artículos, Poesías y Pequeñas Historias

POR

Pedro Ibarra Gil

Cuatro palabras al lector que pueden servir de

PRÓLOGO

Dice un antiguo refran, verdadero como la mayor parte de ellos, que *de músico poeta y loco, todos tenemos un poco.*

¿Como se desarrolló en el que estas lineas escribe la afición á la poesia, ó el gérmen de la locura?

He aqui lo que en esta introducción, prólogo ó lo que sea quiero decirte, siquiera esta esplicación sirva solo para presentarme á tí, ofrecerte mi amistad y suplicarte me honres con la tuya.

Con franqueza lo confieso; el egoismo me impulsa á solicitar de tí tan señalada merced: la amistad es indulgente y.... ¡Bendito sea Dios! Buena dosis de indulgencia necesita quíen por primera vez se atreve á lanzar á los vientos de la publicidad coleccionados algunos de los partos de su imaginación.

Cantares y lágrimas he querido titular esta obrilla y en verdad te digo que me parece acertada esta denominación por que yo tengo una debilidad que he de confesarte; con los per-

sonajes de mis fábulas me identifico de tal manera que rio cuando ellos rien y lloro cuando ellos lloran, por eso todas sus páginas serán malas pero todas sus páginas estan sentidas.

En mis aficiones literarias he tenido muy presente lo que el patriarca de los cantos populares el eminente Trueba ha dicho en el hermoso prólogo de una de sus obras. «No busqueis en este libro erudición ni arte, buscad recuerdos y corazón y nada más.»

Y allá va la historia.

Allá por los años de 1870, ó 71 una pléyade de jóvenes sorianos, muchos de los cuales ocupan en la actualidad distinguidos puestos en las ciencias, las letras y las armas, encerrados en el colegio de internos de la Capital protestabamos por cuantos medíos estaban á nuestro alcance de nuestra forzosa reclusión en el local que pintorescamente habiamos bautizado con el nombre de *sepultura de hombres vivos*.

Una de las formas de que nos serviamos para formular estas protestas eran *los versos* que en las paredes, en los libros, en las mesas y aun en el mismo pupitre del regente aparecian.

En cierta ocasión había yo echado tambien mi cuarto á espadas componiendo unos versos incendiarios y escribiendoles con letras muy gordas en el encerado de la sala de estudios.

Aun recuerdo algunos que no puedo resistir á la idea

de estamparlos para que formes una idea aproximada de lo que seria el resto de la composición

. . . . . .

Si al tomarte la lección
por desgracia no la sabes,
ó te dejan sin ración,
o te ponen bajo llaves
en una oscura prisión.

. . . . . .

Aun llevando la razón
te prohiben el que hables,
si vuelves contestación
castigos innumerables
te imponen sin compasión.

. . . . . .

Asi continuaba desahogando *la cólera* en una variedad de metros que hubiera envidiado el mismísimo Espronceda y terminaba diciendo....

Todo el que quiera sufrir
los tormentos del infierno
que entre, y aprenda á vivir
siendo colegial interno.

. . . . . .

Amparado con la impunidad del anónimo, holgabáme de antemano con la polvareda que iban á levantar pero ¡Ay!

que yó no contaba con que no hay Cenáculo sin Judas ni paraiso sin serpiente.

Un *chota* me denunció al Regente que lo era á la sazón el malogrado soriano Don Zoilo del Campo, el inspirado autor de *A mi tierra.*

Terminada la hora de estudio, con faz ceñuda y severa hízome subir á su habitación convertida para mí en aquel momento en algo parecido á la capilla de un reo á quien van á ajusticiar, y una vez en su presencia, desarrugando el entrecejo y haciendo asomar á sus labios una de aquellas sonrisas que eran el espejo de su alma me preguntó.

—¿Eres tú el autor de los versos del encerado?

No tuve valor para mentir y tímidamente conteste

—Si señor

—¿De donde los has copiado?

—De ninguna parte: *los he sacado de mi cabeza.*

No muy satisfecho sin duda con lo categórico de mis afirmaciones y tal vez queriendo probar si le engañaba, me confió el encargo siguiente con el que creí alcanzar tanta honra como Guzman el Bueno recibiera al encargarse de la defensa de la plaza de Tarifa.

Mira.... me dijo; mañana es Santo Tomas, ya sabes que los colegiales vais á pasar el día de campo en *los Royales*; varios compañeros tuyos piensan llevar una pequeña orquesta de guitarras para obsequiar á la vuelta al director con una se-

renata, es necesario que compongas las coplas que en ella s han de cantar; y efectivamente aquella misma noche le presenté hasta dos docenas de cantares, algunos de los cuales, elegidos por él, fueron escuchados con la benevolencia que le caracterizaba, por el entonces director Don Benito Calahorra.

¡Don Zoilo del Campo y Don Benito Calahorra¡

Dos buenos sorianos á cuya memoria dedico desde estos renglones un cariñoso recuerdo, fueron los primeros en alentarme ed mis inclinaciones literarias.

¡Dios los tenga en su Santo seno¡

Posteriormente Don Nicolás Rabal con sus enseñanzas en la cátedra y Don Dionisio López de Ceraín con sus artísticas aficiones, únicos que ya quedan de aquel respetable Claustro, avivaron mas y mas las ideas que mas tarde me habian de proporcionar muchos ratos de placer y no pequeños disgustos.

Reciban ambos el testimonio de gratitud que desde este librejo les envio.

Prescindiré en esta pequeña colección de las composiciones por entonces escritas y de otras muchas que por ser de circunstancias solo tuvieron oportunidad en los momentos en que se desarrollaron los acontecimientos que las motivó.

Doy principio con la dedicada á Numancia, que en 1881 mereció de la bondad del jurado un galardón que contribuyó no poco á que renaciera en mí el culto á las nueve hermanas que habitan en el parnaso.

¡Quiera Dios! Lector carísimo, que al juzgar este pequeño trabajo tengas con él tanta benignidad como buen deseo me anima al ofrecértelo.

Burgo de Osma 24 de Octubre de 1893.

I.

!!!NUMANCIA!!!

Las guerras sostenidas por la independencia de la patria, son los timbres más gloriosos de la historia de los pueblos.

I.

Venid á mi, deidades del combate;
prestad alientos á la mente mia,
por que es tal el asunto, que se abate
y anonada mi pobre fantasia:
iluminad mi pluma, y que relate
los triunfos inmortales que en un dia
alcanzáron con épica arrogancia
los indomables hijos de Numancia.

Vuestras alas batid junto á mi frente

dioses del genio; alientos sobrehumanos
á mi lira prestad, y si impotente
es á tanta grandeza entre mis manos,
tomadla entre las vuestras prontamente,
y cantad con acentos soberanos,
¡que bien merecen un cantor divino
las hazañas del pueblo Numantino!

II.

Tratados cuyas bases no cumplieron
los orgullosos Cónsules Romanos;
la esclavitud con que domar quisieron
á los que ántes llamaron sus hermanos;
el franco asilo que en Numancia dieron
á los vencidos pueblos Segedanos,
fueron las *causas* de la cruda guerra
que hizo de asombro enmudecer la tierra.

Cuatro lustros de lucha encarnizada
con quíntuples legiones sostenida,
siempre venciendo la Española espada
y la Romana sin cesar vencida;
nuestra frente de gloria coronada,
la suya de vergüenza decaida,
los *hechos* fueron, que la Patria mia

con orgullo recuerda en este día.

La lealtad con que Numancia hermosa,
que *de Roma terror* un tiempo fuera,
labró á sus hijos funeraria losa
con las cenizas de horrorosa hoguera;
la muerte de sus héroes gloriosa,
la destrucción de la ciudad entera,
las *consecuencias* fueron que hoy cantamos,
y henchidos de entusiasmo recordamos.

III.

Quince meses de sitio porfiado
sufre el valiente pueblo Numantino;
secretos emisarios ha enviado
al Arévaco pueblo su vecino,
ayuda fraternal no han alcanzado
las súplicas del mártir Caravino,
y sola, abandonada y altanera,
el asalto final Numancia espera.

Llega por fin el memorable día,
suenan de trompas belicosos sones,
y á la ciudad se lanzan á porfía
las Romanas impávidas legiones:

se oye entonces salvaje gritería,
se convierten los nuestros en leones,
y oponen gigantesca resistencia
al grito salvador de *independencia*.

El tosco arite que en los aires zumba,
en escombros convierte la muralla:
allí encuentran los vivos una tumba,
allí forman los muertos otra valla,
allí en la brecha, en infernal balumba
cuerpo á cuerpo se empeña la batalla,
y allí están tras los muros derrumbados
otros muros con pechos levantados.

Cual la hiena feroz de los desiertos
los hijos de Numancia embravecidos,
rojos de sangre, de sudor cubiertos,
á vencer ó morir ya decididos,
el suelo cubren de Romanos muertos,
mientras los vivos otra vez vencidos
allá corren en raudo torbellino
admirados del Pueblo Numantino.

Escipión Emiliano el victorioso
en las púnicas guerras no vencido,
con sus bélicos triunfos orgulloso

y á domar á Numancia decidido,
nuevo ejército monta numeroso,
nueva táctica prueba precavido,
y con el hambre someter desea
á quien vencer no pudo en la pelea.

¡Vana ilusion! Tampoco de esta suerte
capitula la indómita Numancia:
no teme los rigores de la muerte
de sus hijos la heróica arrogancia;
sublime, altiva, denodada y fuerte,
es su lema glorioso la constancia;
mas de sitio tan largo los rigores
empiezan á sentir sus defensores.

Estenuados, rendidos, macilentos,
sus mermadas legiones no vencidas
ven llegar de su muerte los momentos,
mas no sienten sus fuerzas decaidas;
el hambre con sus hórridos tormentos
crüel arranca juveniles vidas,
y son los muertos en tan duro instante
de los vivos banquete repugnante.

Y en medio de tormento sobrehumano

por no sufrir esclavitud odiosa,
la muerte dánse por su propia mano,
y el fuego abrasa su ciudad hermosa.
¡Añade un laurel más, cruel Emiliano,
al que ciñe tu frente victoriosa,
mas borra á los que fueron tan altivos
del catálogo inmenso de los vivos!

Así acabaron entre mil dolores
las triunfadoras huestes Numantinas:
áun creo contemplar tantos horrores
cuando contemplo sus augustas ruinas.
Si alguna vez de tantos vencedores
á visitar la tumba te encaminas,
al recordar su indómita fiereza,
¡descúbrete, lector, contempla y reza!

Los escombros que pisas, sepultaron
á los que orgullo son de nuestra historia;
allí con sangre heróica grabaron
la inmórtal epopeya de su gloria:
el preclaro renombre que alcanzaron
hoy diviniza nuestra hidalga Soria,
y sus hijos exclaman conmovidos:
¡¡¡Gloria á los muertos pero no vencidos!!!

II.

A mi hija Antonia, en el día de su nacimiento.

Ya has visto el mundo ¡hija mía!
Hoy tu mente angelical
No comprende su falsia;
Mas ya llegará algun día
Que la sientas por tu mal.

—

Que en este mundo de horrores,
Por do quieras que caminas,
Solo se encuentran dolores
Y las que parecen flores
Son punzadoras espinas.

—

Tu acerbo llanto al nacer
Contempló ni amor profundo,
Llanto que debió prever
Que entrabas á padecer
Por los dinteles del mundo.

—

Que aunque cubierto de flores
Lleno está de sinsabores

Y de amargos desengaños,
Que haciéndose van mayores
Conforme pasan los años.

—

Mas no importa, de seguro
Dichas sin cuento te auguro,
Si unes á tu faz hermosa
Un corazón siempre puro
Y eres buena y virtuosa.

—

Y lo serás.. ¿Como nó?
Porque mal que al mundo cuadre
Si Dios la vida te dió,
Ejemplo te daré yó,
Y buena te hará tu madre.

—

Que de la virtud la calma
Esenta está de disgustos;
Y verás ¡hija de mi alma;
Como consigues la palma
Que es el premio de los justos.

—

¡Ah! Bendito sea el día
Cuyo sol te vió nacer;
Ya has conseguido ¡hija mia!

Ser... de niña mi alegria.....
Sé mi orgullo de mujer.

III.

ILUSIONES PERDIDAS

¿Por que volveis á la memoria mia
tristes recuerdos del placer perdido?
(*Espronceda*)

¿No recuerdas mi bien, cuando en la aldea
jugabamos de niños?
Cuando en la verde alfombra
fresca y oscura por la espesa sombra
de secular encina;
Alegres y sencillos
como aquellos pintados pajarillos
de la selva vecina,
pisábamos las flores
que el aire perfumában
y el verde suelo, hermosas matizaban
de múltiples colores?
¿No te parece oir del arroyuelo

el manso murmurar?
¿No recuerdas aquel tranquilo Cielo
tachonado de estrellas
que no pudieron nunca ser tan bellas
cual la sonrisa de tus labios pura?
¿No recuerdas celeste criatura,
aquellas noches plácidas serenas,
negras como tus ojos
é impregnadas de dulce poesia?
¿No recuerdas todo esto hermosa mia?

. . . . . .

. . . . . .

Yo no lo he olvidado, largos años
han pasado veloces,
y de mi mente el tiempo no ha borrado
aquél recuerdo del placer pasado,
aquellos dulces goces.

. . . . . .

Hoy te vuelvo á encontrar ¡pero en qué estado!
Al darte un ramo de sencillas flores,
es precioso *bouquet* me has contestado.
Y al recordarte la sencilla falda
y los flotantes rizos
que cayendo sedosos por tu espalda
aunaban sobre ti nuevos hechizos

has recordado con horror la aldea
y al punto has esclamado:
¡Jesús que horror y que *toillete* tan fea!
Y les llamas *soirees* á las reuniones
que en tu casa celebran ciertas gentes
y *the dansat* á la modesta cena
conque obsequias despues los concurrentes,
Y segun tu maldita algarabia
el *menú* de tu mesa, es escojido,
el *confort* de tu casa *fashionable*,
lujoso *comme il faut* es tu vestido,
la *cuisine Espagnole* detestable.
Y armas tal lio de palabras *finas*
por aquello de que oyes pronunciarlas,
que á veces sin saberlo desatinas
y tú misma no sabes lo que charlas.
Por siempre Adios, mis ilusiones todas
al volverte á encontrar, has arrancado
con mano despiadada,
porque te encuentro impertinente y necia
tonta, cargante, cursi, *afrancesada.*
Pero apesar de todo, he de decirte
sin inferirte agravios,
y aunque sensible sea,
que conservas á miles los resabios

que aprendisle de jóven en la aldea.

IV.

Flores y espinas.

Nuestra vida son los ríos,
que van á dar en la mar.
. . . . . .
(Jorge Manrique.)

HOY.

Bello es el día cuando amanece,
Bella es la tarde cuando declina,
Bella es la luna cuando aparece,
Bella la noche á quien ilumina.
Bella es la rosa, si mansa brisa
Besa su cáliz cuando abre el día.
Mas no es tan bella cual la sonrisa
De esos tus lábios ¡¡hermosa mía!!

—

Puro es el diáfano azul del cielo,

Puras las tintas del sol poniente,
Puras las aguas del arroyuelo,
Puro el murmullo de su corriente,
Puro el aroma de la azucena
Que el viento agita con duce calma;
Tu eres más pura, tu eres más buena,
Tu eres más bella ¡¡bien de mi alma!!

—

Sin tí un infierno mi vida fuera.
Contigo hermosa será un eden;
Dios al criarte tan hechicera
Debió acordarse de mí tambien.
Y desde entonces, con lazo estrecho
Mi alma á la tuya unida está,
Y como es lazo que Díos á hecho.
Dios solamente le romperá.

—=—

¿Porqué canta ese mancebo?
¿Que motiva su alegria,
Que cantando pasa el dia
Al compás de su laud,
Y hace guirnaldas de flores
Que al despertar la mañana
Cuelga junto á esa ventana
Con tanta solicitud?

—

Porqué tras esa ventana
Que cubren gallardas flores
Bella flor de sus amores
Le contempla una mujer;
Y esa mujer pára esposa
Por el mancebo elegida,
Las espinas de su vida
En flores ha de volver.

—

UN AÑO DESPUES.

Triste es el arbol, cuando caidas
En el otoño sus hojas son
Y el suelo cubren descoloridas
Siendo jugetes del aquilón.
Triste es el céfiro cuando murmura
Entre los árboles del bosque umbrio.
Pero es mas triste la desventura
Que amarga llora el pecho mio

—

Triste es la rosa que al suelo inclina
Mustio su tallo donde creció;
Triste se marcha la golondrina
Lejos del nido donde nació.

Triste es la luna oscurecida
Por densas nubes de tempestad,
Mas no es tan triste como mi vida
Que amarga llora su soledad.

—

¿Porqué? ¡Dios mio! tan breves fueron
Aquellos dias que en dulce calma
En una sola se confundieron
Su alma y mi vida, mi vida y su alma
¿Porqué con ella no me has llevado
Si era en el mundo mi único bien?
¿Porqué al llamarla junto á tu lado,
No te acordaste de mi tambien?

—=—

¿Porqué llora ese mancebo?
¿Que amarga pena le oprime?
¿Porqué sin consuelo gime
Abismado en su dolor?
¿Que oculta esa losa fria
Testigo de sus dolores?
¿Porque la cubre de flores
Con tan solicito ardor?

—

Porqué esa tumba sencilla
Que riega tu amargo lloro,

Cubre el precioso tesoro
De la que fué su mujer;
¡Pobre Doncel! ¡Cuanto llora
Su bella ilusión perdida!
¡Ay! las flores de su vida
Espinas tornan á ser.

V.

UN SUEÑO

Soñaba.... Grato es soñar
cuando es bello nuestro sueño;
Más ¡Qué triste es despertar
encontrándose pequeño
quien *grande* creyó gozar!
Era un delicioso día:
A nuestras plantas corría
murmurador arroyuelo
y de dosel nos servía
el diáfano azul del cielo.
Yo mi amor te declarába
lleno de esperanza loca,
mientras que ávido aspiraba

el aliento que brotaba
perfumado, de tu boca.
Que era muy rico creia,
y en medio de la ilusión
de mi ardiente fantasía,
así mi amor te decía
delirante de pasión.
Feliz yó que puedo darte
como prueba de mi amor
joyas para engalanarte,
y la vida rodearte
de grandeza y esplendor.
Para tí tengo entre flores
un arabesco palacio
que es mansión de los amores,
y cambian en mil colores
sus paredes de topacio.
¿Me amas? Dije, ¿Por ventura
este ardiente frenesí
que siento por tu hermosura,
no tendrá eco en tu alma pura?
Y tu contestaste «Sí»
—«¡Te amo tambien! Que me oyera
pedí á la madre de Dios
porqué mio tu amor fuera

y que para siempre uniera
los destinos de los dos.»
«Hoy que es cierta mi ilusión
siento renacer la vida,
pues con tu declaración
la duda ya no se anida
en mi pobre corazón»
—Dijiste así, desperté,
y al despertar, concluida
mi dicha al punto miré,
¡Ay! siempre que breve fué
la ventura de la vida!
Con el sueño se marcharon
mis palacios y diamantes,
los amigos me dejáron
y con desden me miraron
porque era pobre como antes.
Solo quedé, el esplendor
dejó sitio á la pobreza,
pero me quedó tu amor
y la purísima flor
de tu angelical belleza.
Y esclamé, grato es soñar
cuando es bello nuéstro sueño,
Más, qué triste es despertar

encontrandose pequeño
quien *grande* creyó gozar!

VI.

LA DOTE DE UN ARTISTA.

RETRATO DEL SIGLO XIX.

—

El genio, el arte, la gloria,
el Parnaso, el Helicón,
una página en la historia
y un recuerdo en la memoria
de una á otra generación;
Tal sueña la fantasía
del artista, esplendorosa,
y tras tanta poesía
corre un día y otro día
hasta que encuentra su prosa.
Que el que imita á Praxiteles,
el admirador de Eslava
y el discípulo de Apeles,
dejan fusas y pinceles
por ir á pelar la pava.

Porque..... ¿Quien no habrá tenido
alguna ilusión querida?
Algun deseo adquirido,
algun sueño que haya sido
el encanto de su vida.
Pues bien, si llega este caso
hace la cosa más ovia;
dá un *anti-artístico* paso
y desciende del parnaso
para pedir á la novia.
Pero el papá, que un doblon
prefiere á la inspiración
que inmortalizó á Ticiano,
y de su hija el corazón
quiere vender con la mano.
Le pregunta lo primero
(sin que le importe saber
si su amor es verdadero)
¿Tiene usted mucho dinero?
¿sobre cuanto podrá ser?
Pues que á pedírmela viene
por esposa, y ha de darla
su nombre, á mi me conviene
siempre que pueda dotarla
en más de lo que ella tiene.

Si señor (amostazado
responde el pobre pintor)
Puedo darla de contado
un *áccesit* qué he ganado
y unos tubos de color.
Y que disponga á su antojo
de una porción de pinceles,
y de un caballete cojo
¡Y hasta de un gatito rojo
con sus cuatro cascabeles!
Ved si soy acaudalado,
tengo mil casas ó mas,
todo Madrid hé tomado,
(como que le he dibujado
desde el cerro de S. Blas)
Y cien campiñas poseo
y montes y vericuetos
y un delicioso paseo
(ya vé usted, hago bocetos
de todo cuanto yo veo.)
Y en la habitación que tengo
sobre noventa escalones,
que estará bien os prevengo;
se mantendrá..... de ilusiones
que es como yó me mantengo.

Y la daré en conclusion
lo que usted debe aceptar
si feliz la ha de mirar;
la daré un buen corazón
que eso si la puedo dar.
¡Ah! me mirais con desden
porque mal mi ajuar se aliña;
pues yo os desprecio tambien,
espresiones á la niña
y que uste lo pase bien.

—

EPIGRAMAS.

VII.

A DOS CONCHAS.

Vuestra hermosura sin par
tantas bellezas encierra,
que dije al veros pasar;
Son las conchas en la tierra
más hermosas que en el mar.
Y al admirar vuestra cara

que Vénus misma envidiara,
esclamé estasiado al verla:
¡Ay! si yo fuera la perla
y entre las dos se encerrára.

—

El saber de mi cajero,
dice el rico Rebollár,
se encuentra tan bajo cero,
que no sabe el majadero
sustraer, ni multiplicar.
Y aquel por hacernos ver
que en el, tal juicio no encaja
dejó, huyendo antes de ayer,
siete hijos á su mujer,
y sin un cuarto la caja.

—

Yace aqui Virginia Anton;
sumiola en este panteon
un hinchazón que tenia
—Yá, murió de hidropesia,
—No señor de otra hinchazon.

—

Un usurero al morir
lloraba con desconsuelo
porque las puertas del Cielo

No le querian abrir.
No llores consuelate
le dijo el compadre Blas
porque si al infierno vas,
yo te recomendaré.

—

¿Valentina la vecina
dió á luz?
—Nó
—Pues he oido
á un niño recien nacido.
—Si, ha parido Valentina.
—Tal contradición me asombra
—Pues no os asombre pardiez,
pues parió anoche á las diez.
—Luego dió á luz,
—Nó, dió á sombra.

—

—El producto no se altera
aunque cambien los factores:
esta es una ley señores
que la comprende cualquiera.
—No *majister*, pruebo á usted,
que hay algunos sin conciencia
que en lugar del diez por ciento

llevan el ciento por diez;
¡Ya ve usted si hay diferencia!

VIII.

MELANCOLIA.

. . . . . .

Y es la vida sin amores,
un ruiseñor sin gorgeos,
un mes de Mayo sin flores.

Amor y gloria ambicionaba un día
y haberlo conseguido imaginé;
por eso se estasiaba el alma mia,
por eso mi existencia dulce fué.
Por eso de la vida los abrojos
en bellas flores comence á trocar,
por eso el llanto que escaldó mis ojos
no volvió las mejillas á surcar.
. . . . . .
. . . . . .
Yó la ví pura como la azucena
que bella brota por el mes de Abril;
Yó ví su imagen plácida y serena.

Yó adoré loco sus encantos mil.
Tambien ella me amaba; sus caricias
llenaronme de celestial placer,
cambiando en paraiso de delicias
el árido desierto de mi sér.
Pero ¡Ay! que el hado inescrutable, aciago,
puso á su vida prematuro fin
y desde entonces amarillas hago
las tintas sonrosadas del carmin.
Desde entonces mi mente no se inspira
para pintar asunto sonriente
y entre densas tinieblas siempre gira
delirante y frenética mi mente.
Yá no copio la fuente bulliciosa,
ni hallo gentil la secular encina,
ni me encanta la libre mariposa
con sus alas de tintá purpurina.
Auyentaron dolores y congojas
la gloria y el amor de mi camino,
más fueron tan veloces cual las hojas
que arrebata desecho torbellino.
Por eso nó halla mi cansada vista
por doquiera paisaje encantador,
¡Desdichado de aquel que siendo artista
falta á su inspiración la del amor!

Por eso de la vida los abrojos
encuentro más punzantes al pisar;
por eso vuelven mis enjutos ojos
de lágrimas, raudales á llorar.

IX.

AYES DEL ALMA.

Fueron mis esperanzas
flores de almendro,
que nacieron temprano
se helaron presto.

¡Qué bella estás al despuntar del día
los límpidos fulgores!
Cuando á la incierta luz de la mañana
vas á regar las purpurinas flores
que adornan tu ventana.
Allí la minutisa
con la azucena confundida crece;
Allí, dulce sonrisa,
al aspirar la perfumada brisa,
en tus divinos labios aparece,

Allí los ruiseñores
de tu jardin alados moradores
saludan á la aurora,
y del vergél entre las gayas flores
proclamante señora.
Por que el rico matiz de tus mejillas
envidia causa á la fragante rosa:
Por que tus lábios rojos
hacen caer al tulipan de hinojos:
Por que es tu talle
sutil como la brisa en primavera,
como gentíl palmera
que el viento mece en apartado valle.

. . . . . .

. . . . . .

¿Porqué suspiras
viviendo entre las brisas y las flores?
¿Porqué como otros veces no las miras?
¿Porqué no aspiras
como en otras sus múltiples olores?
¿Es que miras marchita
la flor mejor que tu alma cultivaba,
la hermosa flor que nuestra dicha alcanza
que se llama la flor de la *esperanza*?
¡Ay! Si, veo en tus ojos

retratado el dolor que tu alma anida,
porque los veo rojos,
y es de llorar una ilusión perdida.
¡Llora! ¡Llora! Que yó
cual tu lloré de lágrimas raudales,
y el llanto bienhechor
un lenitivo fué para mis males.
un bálsamo precioso en mi dolor.
¡Llora! ¡Llora! Que yó
cual tu lloré sín esperanza alguna.
Hoy, no lloro, que al ver
huir mis ilusiones una á una;
ni áun lágrimas me quedan que verter.

X.

EL TORRENTE DE LA VÍDA.

La vida como el torrente
marcha en raudo torbellino
por el áspero camino
que aprisiona su corriente,
y tras tanto y tanto andar

es igual su conclusión;
vá la vida hacia el panteon,
y el torrente hacia la mar.

. . . . . .

. . . . . .

Nace entre menuda arena
el diáfano mánantial
cuyo límpido cristal
formando corrientes suaves,
no tiene más compañeros
que del sol los resplandores,
el perfume de las flores.
y el cántico de las aves.

—

Nace el niño, y en los años
de su infancia candorosa,
bello cual la mariposa
que vaga por los pensiles
no ambiciona más placeres
ni tiene otras ilusiones
que las puras diversiones
de sus juegos infantiles.

. . . . . .

. . . . . .

Sigue su curso el arroyo,

recibe otros afluentes,
y las impuras corrientes
de sus aguas cenagosas,
empañan el claro espejo
donde en sus dias mejores,
reflejáronse las flores
de sus orillas hermosas.

—

Así tambien cuando el niño
vá perdiendo su inocencia
y la ansiada adolescencia
dá á su vida nueva fáz,
los cenagosos consejos
de las malas compañías,
á sus inocentes dias
arrebátanles la paz.

. . . . . .

. . . . . .

Corre el torrente bravío
arrastrando en su carrera
cuanto encuentra por dó quiera
qué de oponersele trata,
y á horroroso precipicio
sin poderse refrenar
llega al fin para fórmar

bramadora catarata.

—

Lo mismo al mancebo pasa
que entrando en la juventud
deja la dulce quietud
de su niñez inocente;
asédianle las pasiones,
y entre las alas del vicio
va derecho al precipicio
cual las aguas del torrente,
. . . . . .
. . . . . .
Caen despeñadas por fin
formando mansa laguna
donde la argentada luna
vuelve á reflejar su luz,
y tranquilas otra vez
por nuevo cauce marchando,
vánse á la mar acercando
que es su postrer ataud.

—

Tal pasa al joven tambien,
vuela el tiempo borrascoso
dejando sitio al reposo
que goza la edad madura,

y por tranquilo camino
va marchando hacía su ocaso,
siendo cada instante un paso
que dá hacia su sepultura.
. . . . . .
. . . . . .
Nuestra vida y el torrente
nacen con igual destino,
corren como un torbellino
por escabrosa pendiente,
y tras tanto y tanto andar,
es igual su conclusión,
vá la vida hacia él panteon,
y el torrente hacia la mar.

XI.

EL TESTAMENTO DEL AÑO.

Mientras los vientos helados
agitan en la espesura
los árboles despojados
de su brillante verdura;

mientras con furor insano
el huracan ronco zumba,
hay un niño y un anciano,
sentados junto á una tumba.

Y aunque es helado el ambiente,
y aunque es su fatiga mucha,
habla el viejo balbuciente,
y el niño calla y escucha.

Oye, dice el pobre viejo,
voy á dar á tu inocencia
sobre mi tumba, un consejo
que es hijo de la esperiencia.

¡Voy á morir! De la tierra
que pronto tendrás las riendas,
lo mucho malo que encierra
es preciso que comprendas.

Que sobre ella, ¡vida mia!
hallarás en tu carrera
la envidia, la hipocresía,
y la calumnia rastrera.

Con ojos de espanto llenos,
allí en los hombres verás,
que los que merecen menos,
son los que disfrutan más.

Allí observarás tambien

que en su existencia menguada,
aunque les sonria el bien
no están contentos con nada.
De tus días, ¡hijo mio!
no sabrás cual es mejor:
muy malos cuando haga frío,
peores, cuando haga calor:
sin pensar que del eterno
trazado está por la mano,
que haga frio en el invierno
y calor en el verano.
Sin pensar que ora serenos,
ora revueltos estén,
todos los días son buenos
cuando se aprovechan bien.
Mas los hombres ¡alma mia!
no quieren reconocer,
que cuando se pasa un día
es para nunca volver.
Y así en estéril contienda
mil sandeces discutiendo,
se vá perdiendo la hacienda
y se vá el pais muriendo.
¡Oh! tanta miseria al ver,
no me atreve á definir

si es preferible nacer,
ó es ventajoso morir.
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¡Las doce! Adios concluida
fué en el mundo mi carrera,
pues se acabará mi vida
con la vibración postrera.

Tu vienes, y yo me alejo,
mi última hora resuena
y en ella solo te dejo
un pobre reloj de arena.

Están exactas, cabales
las horas que has de durar.
¡Ojalá que los mortales
las sepan aprovechar.
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Vibra el último sonido;
muere un año y otro nace.
Este... Sea bien venido,
Aquel... *Requiescat in pace.*

XII.

CARNAVÁL SEMPITERNO.

Es la vida de los hombres
un eterno carnaval,
en que todos
incurren en la mania
de disfrazarse á porfia
de mil modos.

—

Mirad este que en el templo
golpes de pecho se dá
sin recato:
Pues su historia me han contado
y es un tuno disfrazado
de beato.

—

Ved aquél que lujo ostenta,
viste bien y come siempre
lo mejor,
y es en su vida secreta

un *tramposo* con careta
de señor.

—

Ved esótro que os adula
y que por detras os vende
sin piedad;
Pues el tal, es un malvado
torpemente disfrazado
de amistad.

—

¿Veis aquellos que vocean
viva tal ó viva cual
personaje?
Son *turroneros* idiotas
aunque visten de patriotas
con el traje.

—

¿Veis aquella, cuya lengua
punza mas que las agujas
de coser?
Pues és la tal criatura
un aspid con vestidura
de mujer.

—

¿Veis aquel que en la tribuna

pronuncia un discurso lleno
de primores.
y que en su orgullo sin tasa
por un gran modelo pasa
de oradores?

—

Pues el tal es un estúpido
á quien el dicho discurso
le han escrito:
de memoria lo ha estudiádo
y ahi le teneis disfrazado
de erudito.

—

Todos en la vida real
van de diferentes modos
disfrazados:
por eso los mas bribones
pasan en mil ocasiones
por honrados.

—

Por eso con la virtud
el hombre tiene empeñada
torpe liza,
sin ver que su fantasia
pulvis est, dícen el dia
de *ceniza*

XIII.

LA GATA COQUETA.

FABULA.

—

Era una bella y hechicera gata,
era la flor y nata
de la raza felina,
era la envidia del gatuno bando,
tal era *Niove*, la simpar minina.
Con su hermoso collar de cascabeles
y su pelo luciente,
era el encanto de la raza entera,
y los gatos donceles
suspiraban de amor constantemente
al pie de su tronera.
Todos los dias al rayar la aurora
porque mas su hermosura resaltara
empleaba lo menos una hora
en lavarse la cara.

Sentábase despues la muy coqueta
en la parte mas alta del tejado,
gozandose en oir tristes maullidos
lanzados por el pecho enamorado
de varios gatos por su amor heridos.
Y es el caso que ella
al oir las canciones de alabanza
que entonaban rendidos trovadores,
á todos concedía una esperanza
y á ninguno otorgaba sus favores.
Pero un día pasó por su tronera
un gato hermoso, de gallardo porte,
que ni miró siquiera
á la orgullosa gata,
ni fué nunca vasallo de su corte.
Picada de amor propio, á su locura
se le ocurió el capricho,
de cazar en la red de su hermosura
al distraido *micho*.
Tras él se lanza, y con las mil monadas
que sugiere el amor en ocasiones,
no consigue que fije sus miradas
en sus raras, gatunas perfecciones.
Sigue con loco empeño hacia el ingrato
de rabia el pecho lleno,

y sigue su camino el terco gato
indiferente, impávido, y sereno.
Viendo que nada su pasión consigue,
un recurso postrero
Quiere probar, y tras el gato sigue
sin reparar incauta
que se encuentra en el borde del alero.
¿Y qué pasó...? Que la coqueta gata
olvidada la necia de sí misma,
se resbaló una pata,
cayó á la calle, y se rompió la crisma.
. . . . . .
Un consejo lectoras
que debeis conservar en la memoria:
la que es coqueta y en tan feo vicio
cifrar piensa su gloria.
concluye por caer al precipicio
como la triste gata de la historia.

XIV.

LA VIRGEN DEL RETAMÁR.

LEYENDA DE LA EDAD MEDIA

Introducción.

Oscura es la noche, el viento

óyese ronco bramar
á través de las almenas
del castillo de Gormaz.
Ningun otro ruido escúchase
que el que produce á compás
el pisar del centinela,
la voz que de *alerta* dá
y el eco triste y lejano
del que en opuesto lugar
con voz ronca y soñolienta
le contesta *alerta está.*
Duermen pajes y escuderos
y descansa la demás
numerosa servidumbre
del castillo de Gormaz.
Solo despiertas encuéntranse
dos personas, que á juzgar
por su noble continente
y por el sitio en que están
y el diálogo que sostienen,
son nobles de calidad.
Anciano el uno, las canas
severo aspecto le dan;
jóven el otro, revela
por lo hermoso de su faz,

por su gallarda presencia,
por su apostura marcial,
que no en vano por sus venas
corre la sangre leal
de aquellos bravos guerreros
que luengos tiempos atrás
en Zamora y en Toledo
y en Uclés vertiéronla.
El uno es el viejo conde
D. Ramiro, que en Gormaz,
habita con su hija Elvira
el castillo señorial
cuyas gigantescas ruinas
no han podido derribar
ni el trascurso de los siglos,
ni el furor del huracan.
El otro es Nuño-Ramirez
jóven y apuesto galán
que habiendo quedado huérfano
á los seis años de edad
recogióle D. Ramiro
en su castillo feudal
mas que de tutor, sirviéndole
de amigo y padre á la par,
. . . . . .

Enormes troncos de encina
calor y reflejos dán
á los nobles personajes
que en blasonado sitial
largo diálogo sostienen,
mientras duermen los demás
y silba el viento en las ramas
del próximo retamar
y el despierto centinela
grita al otro *alerta está.*

¡Á LA GUERRA!

Oigamos la voz doliente
del buen conde D. Ramiro,
cuyo acento balbuciente
interrumpió de repente
un prolongado suspiro.

. . . . . .

«Quince años hace este dia
que de su vida en la flor
murió el conde D. Garcia:
murió cual morir debia,
por su patria y por su honor.

No pudiendo resistir
su esposa golpe tan cruel
tambien dejó de existir.....
sin duda quiso morir
por reunirse con el.

Los ojos te se humedecen,
deja tu llanto correr
que si bien en ti parecen.....
buenas lágrimas merecen
los que te dieron el ser.

Noble amparo te ofrecí
viendote huerfano y niño
y en pago del que te dí
tu trasladaste hacia mí
todo tu filial cariño.

Desde entonces en mi casa
y al calor de mi blason
dandome placer sin tasa
ví la hidalguia no escasa
de tu jóven corazon

Junto con mi hija has crecido,

con mi hija te has educado,
y aunque tu padre no he sido
tanto como el te he querido,
lo mismo que el te he criado.

Se que os amais y á fe mia
que no llego á comprender
porque nublais mi alegría
ocultando lo que un día
habríase de saber.

¿Es que en vuestro amor creéis
que seré un severo juez?
No, ante Dios os unireis
y juntos los dos, sereis
báculo de mi vejez.

Pero... calma tu alegría,
que el que nació caballero
debe ser por vida mia
como lo fué D. García
antes que galán, guerrero.

Que todo el que ciñe espada
debe llevar esta ley

en el acero grabada;
Antes que la dama el Rey
antes que la Pátria, nada.

La Pátria en peligro se halla,
es tal, de la media luna
el desmán, que fuerte valla
quiere el Rey poner, con una
noble y grandiosa batalla.

Como á todos interesa
el auxilio ha demandado
de los nobles, que con priesa
para dar cima á la empresa
van acudiendo á su lado.

Yó depongo tal ventura
que viejo y enfermo me hallo,
y aunque pese á mi bravura
ni montar puedo á caballo,
ni vestir puedo armadura.

Tú eres jóven, bravo, apuesto,
noble y valiente á la par;
¡Còrre hacia la guerra presto

¡y no abandones tu puesto
¡hasta morir ó triunfar!

Viste mi cota acerada,
calza mi agudo acicate
y sin detenerte nada...
¡Vuela! ¡Vuela hacia el combate
al frente de mi mesnada!

Cumple tu deber ligero
y marcha á la guerra pués,
que todo buen caballero
lidia por su Rey, primero,
y por su dama despues»

. . . . . .

Dijo el buen Conde, dominando apenas
la penosa emoción;
que sus palabras de bravura llenas
recordaron los tiempos de su gloria
y el valor de su noble corazón.
Aquella triste historia
que de su orígen refirió al doncel
afectó tristemente á Don Ramiro
que exhaló al terminar fuerte suspiro

lamento acaso de imponente rabia
por no partir con él.
Levantóse encorvado y vacilante
y yendo hacia un armero
una tizona descolgó brillante
de limpio pomo y de bruñido acero.
«Ciñe, le dijo, el arma que en el día
de tan triste memoria
empuñaba tu padre Don García
y dale tanta gloria
como para ella conquistó su dueño.»
¿Juras sobre ella defender tus Reyes,
tu Pátria amenazada,
el limpio escudo que en tu casa ostenta
y el claro nombre de mi Elvira amada?
¿Juras sobre ella conservar brillante
el límpido fulgor de mis blasones
y no ceder hasta pasear triunfante
por cima de la impia media luna
la veneranda Cruz de tus pendones?
—Lo juro, padre mio,
y permitidme que mi padre os llame:
Lo juro por el nombre sacrosanto
del noble caballero;
por vos lo juro, á quien venero tanto,

lo juro por mi honor que es lo primero:
lo juro por Elvira.
que es ante Dios mi prometida esposa;
lo juro por la cruz de aquesta espada,
y si tal juramento no es bastante
iré á jurar en la mortuoria fosa
donde duerme mi madre idolatrada.
. . . . . .

Dijo asi el bravo doncel
ciñendo de D. Garcia
el acero que algun dia
tanta fama conquistó;
y cuéntase como cierto
que cuando hubo concluido
el llanto mal comprimido
por sus mejillas rodó.

Despues de un estrecho abrazo
viejo y jóven confundidos,
sofocando los gemidos
que exhalan tristes los dos,
presa el alma de tristeza
dirigiéronse á su lecho
con el valor en el pecho
y la confianza en Dios.

DOÑA ELVIRA.

Hermosa como el cielo de primavera
pura como las brisas de la mañana,
gentil como las ramas de la palmera
tál es Elvira la castellana.

Cuando el sol aparece por el Oriente
bañando la morada con sus destellos,
se confunden los rayos en su alba frente
con el rubio dorado de sus cabellos.

Cuando riega las flores de sus jardines
asi que el claro del día asoma,
envíanle sus cantos los colorines
y prestanle las flores su dulce aroma.

Que son divinos sus lábios rojos
cuya sonrisa al amor provoca;
y son hermosos sus negros ojos
y es hechicera su linda boca.

De sus vasallos siempre querida

porque es un angel en sus dolores;
tal es de Nuño la prometida
según la cantan los trovadores.

¿Por que siendo tan feliz
tan hermosa y tan querida,
llora de dolor transida
en su estancia retirada?
¿Por qué eleva suplicantes
juntas sus manos al Cielo
y de él implora consuelo
en lágrimas anegada?

¡Pobre Elvira! La plegaria
que hacia la Virgen dirige,
del tormento que la aflije
claras señales nos dá:
¡Infeliz! demanda amparo
en medio de su agonia
para aquel que al otro dia
á la guerra partirá.

¡Señora!... Dice en su anhelo,
vos que veis que le amo tanto
amparadme en mi quebranto,
libradle de todo mal;

Yo os prometo ¡Madre mia!
adornar por las mañanas
con las flores mas galanas
vuestra frente virginal.

De repente, interrumpiendo
su plegaria fervorosa
se levanta presurosa
y escucha con atención;
que se oyen lejanos pasos
sobre el pavimento hueco
y resuenan como un eco
en su amante corazón.

Es el, es Nuño, que en alas
de su cariño sincero,
cual cumplido caballero
de sus amores en pos,
viene á despedirse tríste
de la qne es su dulce anhelo
para tener el consuelo
de darle el último adios.

LA DESPEDIDA.

¿Conqué partes?
— Sí, alma mía
aunque mi pecho taladre
el dolor, quiere tu padre
que parta al rayar el día.
Todo preparado se halla,
ármanse los escuderos
y ensillan los mesnaderos
sus corceles de batalla.
Tu noble padre me excita
á fuer de buen caballero
para que acuda el primero
cuando el Rey nos necesita.
Y yó que noble nací
si sus ruegos desoyera,
si á la guerra no partiera
sería indigno de tí.
—¿Volverás pronto?
—Nó sé;
—¿Me olvidarás?
—Nó: lo juro
por este amor grande y puro

que en tí, alma mia, cifré.
¿Cómo olvidar en mi ausencia
tu recuerdo, Elvira bella
si eres la radiante estrella
que dá luz á mi existencia!
Cuando hácia el combate rudo
dirija la gente mía,
tu imágen será mi guía
y tu recuerdo mi escudo.
Allí en medio del fragor
que á los guerreros inflama
combatiré por mi dama,
por mi pátria y por mi honor.
Tu recuerdo idolatrado
me animará en la pelea
¡Ah! Cuanto más brava sea
antes volveré á tu lado.
Y tú..... ¡Bien mío! ¿Qué harás
mientras ausente me halle?
—Bajar á llorar al valle
por donde á marcharte vás.
Hacer construir allí
para la Vírgen bendita
una encantadora ermita,
y en ella rogar por tí.

Al declinar de la tarde
frescas flores cogeré
y en el altar las pondré
porque la Vírgen te guarde.
Después... sufrir y esperar
el dulce amparo del Cielo;
tal vez me dará consuelo
la Virgen del Retamár.
—¿Y si por mi mala estrella
no volviera, Elvira mía?
—La ermita construiría
y un convento junto á ella.
De su tétrica mansión
haría celda mortuoria
y encerraría la historia
de mi primera pasión.
Pero... ¿A qué tristes recelos?
Volverás, no tengo duda
porque á tu existencia escuda
mi ruego por ti á los Cielos.
Mas... ¿Qué escucho?
—La señal
de que todo está dispuesto.
¡Cómo! ¿Tan presto?
—Tan presto;

—¡¡Que Dios te libre de mal!!
Adios... Nuño...
—Adios mi bien;
en volver pronto confío:
—Si así no ha de ser ¡Dios mío!
¡¡Llevadme con él tambien!!
. . . . . .
Y segun cuenta la crónica,
diéronse un estrecho abrazo
y aun algunos aseguran
que sus lábios se juntaron
y que el chasquido de un beso
resonó por el espacio.
Beso castísimo y puro,
beso en el que se mezclaron
las dos almas contristadas
de los nobles castellanos.
Despues... el rumor escúchase
de muchas voces de mando
y el rechinar de los puentes
y el piafar de los caballos.
Solo impacientes esperan
escuderos y soldados
la presencia de D. Nuño
que armado de punta en blanco

a poco tiempo aparece
del buen Conde acompañado.
¡Qué hermoso porte es el suyo!
¡Qué gentil y que gallardo
viste la pesada cota,
y qué bien le cuadra el casco
con su cimera de plumas
sueltas al aire flotando!
Al presentarse los nobles
cesan como por encanto
los gritos y la algazara
que poco antes resonáron.
Todos presentan sus armas
y en línea recta formados
con religioso silencio
escuchan al noble anciano
que así la voz les dirige
por la emoción dominado:
«¡Hijos mios! A la guerra
vais por D. Nuño guiados,
cumplid como habeis cumplido
en otros casos análogos.
¡Dichosos tiempos aquellos
que en mis juveniles años
era yo mismo en persona

quien guiaba vuestros pasos!
Ya no puedo, soy muy viejo;
mi pendon he confiado
en las manos de D. Nuño,
defendedlo y amparadlo.
¿Lo jurarais por vuestra honra?
—¡Lo juramos, lo juramos!
Repitiendo por tres veces
aquellos leales vasallos.
—Pues... ¡A la guerra, hijos mios!
que yo rogaré entretanto
por mis bravos mesnaderos,
por mis valientes soldados.»
Dijo así el buen D. Ramiro
un estrecho abr zo dando
al jóven Conde Don Nuño
que montando en su caballo
y empuñando la bandera,
cruzó el anchuroso pátio,
crujió el rastrillo, y el puente
con estrépito bajando
al frente de su mesnada
pisó el dilatado campo.
Despues... un suspiro triste
de su corazón lanzado,

una espesa polvareda
y un pañuelo que agitado
desde una de las ventanas
del castillo solitario,
triste despide al guerrero
mientras su dueña llorando
¡Virgen Santísima!..... dice
¡Amparadlo!....¡¡Amparadlo!!

LA AUSENCIA.

¡Pobre niña! Su estancia solitaria
testigo es del dolor de D.ª Elvira:
ora su labio reza una plegaria,
ora su pecho con afan suspira.
La sombra de D. Nuño imaginaria
crée distinguir y hácia el camino mira
mas luego se convence la cuitada
qae es ilusion de su alma enamorada.

Entretanto del valle en la espesura
una ermita pequeña se levanta
de sencilla y esbelta arquitectura,
de bello aspecto y de cuadrada planta,

cumpliendo Elvira con la Virgen pura
su casto voto y la promesa santa
que al despedirse de D. Nuño hicera
porque á sus brazos vencedor volviera.

Ya tiene un sitio la gentil doncella
donde llorar por su amoroso empeño,
donde ocultar de su dolor la huella,
donde rogar por su querido dueño;
donde evocar ante la Virgen bella
aquel pasado de su amor risueño,
donde esperar el venturoso instante
de que vuelva su dicha con su amante.

Don Nuño entanto, á la imperial Toledo
al frente de los suyos ha llegado
y que no tiene entrada en su alma el miedo
en algunos combates ha probado;
por su apostura y su gentil denuedo
el afecto del Rey se ha conquistado
y forma parte por lo noble y bravo
de la guardia de honor de Alfonso octavo.

Reunidos están los Infanzones
y con ellos los Principes cristianos

ganosos de humillar con sus legiones
los altivos pendones Africanos.
Depuestas en su pecho las pasiones
contémplanse tan solo como hermanos
cuya patria en Alarcos humillada
necesita por ellos ser vengada.

Y la vengaron ¡Vive Dios! que un dia
el grito resonó de guerra fiero,
y estruendosa y horrible algarabia
y el estridente ruido del acero.
Dia feliz en que la Patria mia
el yugo sacudió dél extranjero,
porque aquella batalla tan gloriosa
fue la acción de las Navas de Tolosa.

Allí el Rey D. Alfonso á la cabeza
del ejercito real de los cruzados
hizo prodigios de sin par fiereza
confundído en la liz con sus soldados.
Sus rasgos de valor, por la nobleza
gallarda y brabamente secundados
a los cristianos dieron la victoria
y una página hermosa á nuestra historia.

¿Que se hizo de Nuño en la jornada
que tanta fama conquistó aquel dia?
al frente se lanzó de su mesnada
buscando el sitio en que peligro habia.
Hizo prodigios de valor su espada,
demostrando su arrojo y bizarria,
que para todo noble caballero
la Patria y el honor son lo primero.

—

LA VUELTA DEL CABALLERO.

Así como las flores
de la pradera
renacen, cuando llega,
la primavera,
vá la alegria
de Elvira renaciendo
de dia en dia.

Ya se acerca el momento
tan deseado
de que triunfante vuelva
su dulce amado,
que un mensajero

la feliz vuelta anuncia
del caballero.

Todos los días baja
la pobre niña
á vagar anhelesa
por la campiña;
y en lontananza
vé sonreir la aurora
de su esperanza.

Y las diáfanas aguas
del arroyuelo,
y el azul explendente
del ancho cielo,
y entre las flores
los gorgeos que lanzan
los ruiseñores.

Un día, ante la Virgen
puesta de hinojos,
en que llanto vertían
sus lindos ojos,
estraño ruido
hizo prestar á Elvira

atento oido.

De instrumentos de guerra
se oyen los sones,
y el piafar impaciénte
de los bridones
y en el castillo
bajo el pesado puente,
cruje el rastrillo.

Porque desde la almena
mas elevada
se distingue la vuelta
de la mesnada,
y el aire lleva
en sus etéreas alas
la grata nueva.
. . . . . .
. . . . . .

¡Bien venido! Bien venido
sea el gallardo guerrero
que fué al combate el primero
por su pátria y por su Dios:
La ausencia extinguir no pudo,
de su corazón la llama

y ya vuelve hácia su dama
de sus amores en pós.

Corre, vuela presuroso:
ya de la nativa tierra
su hermoso corcél de guerra
pisa las campestres flores:
y allá en el feudal castillo
que á lo lejos se divisa
cree distinguir la sonrisa
del angel de sus amores.

. . . . . .

El buen conde D. Ramiro
en su hija Elvira apoyado,
de su vejez olvidado
y con rostro placentero,
hácia la gallarda ermita
marcha con planta ligera
y bajo el pórtico espera
la vuelta del caballero.

Llega... desmonta y al punto
en estrecho abrazo unidos
confúndense los latidos

de sus pechos palpitantes:
corre de placer el llanto
encerrando en su ternura
todo un mundo de ventura
aquellos breves instantes.

. . . . . .

Despues que pasado hubieron
las primeras emociones
de aquellos tres corazones
que el destino reunió,
el apuesto caballero
dirigiéndose al anciano,
con la bandera en la mano
de esta manera le habló.

Por vos, señor, confiada
esta enseña á mi hidalguia
en el memorable día
en que á la guerra partí;
mi anhelo constante ha sido
con el auxilio de Dios
no hacerla indigna de vos
y hacerla digna de mi.

Si llené mi cometido
combatiendo en buena ley,
que responda por mi el Rey
que yá en Toledo se halla;
él despues de la jornada
sus favores me otorgó
y caballero me armó
en el campo de batalla.

Ahí os la entrego otra vez;
entre sus rotos girones
limpios vuelven los blasones
de su gloria explendorosa
guardádla para que un dia
por la gente venidera
se respete la bandera
de las Navas de Tolosa.

¡Hijo mio! Dijo el conde
D. Ramiro: digno has sido
de aquel ilustre apellido
que tu padre te legó.
No soy quien de tanta gloria
á ser custodio se atreve
OTRA es quien guardarla debe

que lo hara mejor que yo.

Y asi diciendo á D. Nuño
hizole entrar en la ermita.
y de la Virgen bendita
de hinojos ante el altar,
como ofrenda veneranda
deposito la bandera
pará que su guarda fuera
LA VIRGEN DEL RETAMAR.

CONCLUSIÓN.

Algunos dias después,
numerosa comitiva
que completamente llena
la reducida capilla,
con faz gozosa contempla
la boda de D.ª Elvira
con el hijo del buen conde
del buen conde D. Garcia.
En todos los rostros nótase
el placer que les anima,

por todas partes resuenan
epitalámicas rimas
que entonan los trovadores
al son de sus mandolinas;
y hasta el conde D. Ramiro
que por su vejez camina
á pasos agigantados
hacia el final de la vida
siente rejuvenecerse,
porque vé feliz á su hija
y por un esposo noble
amparada y defendida.
¡*Benditos sean los padres*
que todo su anhelo cifran
en el valor de sus hijos
y en la honradez de sus hijas!

—=—

XV.

ACERTÍJO

———

¿Que haceis señora?

—Leyendo
las obras de Moratin:
¿Y usted
—Yo estoy recosiendo
los puntos de un calcetin.
¿Y su marido?
—De fijo
estara en el club jugando:
¿Y el de usted?
—Pues... Trabajando
para dar pan á su hijo.

. . . . . .

¿Donde está la poesia?
En la que lee y tiene coche
ó en la que cose de noche
lo que se rompe de dia.
O en el que su vida pasa
entre inmundas bacanales,
ó en el que suda a raudales
por él sosten de su casa.

———

XVI.

RECUERDO DEL TIEMPO VIEJO.

A LA SRA. DOÑA C. C.

¡Ay que sacarle no puedo!
Decias acongojada;
y en resúmen no era nada,
era el anillo de un dedo.
Yo le vi y era verdad,
á fuerza metido estaba
y el dedo te se inflamaba
que era una barbaridad.
Aunque el mal no era formal
púsele pronto remedio,
limé el anillo por medio
y corte de raiz el mal.
. . . . . .
Hoy cifra mis alegrias
aquel percance
—¿Porque?

Porque por él estreché
tus manos entre las mías.

XVII.

PAGINAS TRISTES DE LA HISTORIA

—=—

LA BATALLA DE ÁLARCOS.

Bien se ve que tienes por tu protector á Alláh:
El te favorece y asiste con su dirección, y te aparta del engaño y el estravio.
(Saëd-Abulalá, poeta Arabe)

Deidades inmortales
Que del Pindo morais en las alturas;
Las que prestais purísimos raudales
De inspiración y aliento
Al que quiere cantar sus pátrias glorias,
O llorar sus reveses,
O ensalzar de sus hijos las victorias.
Las que haceis descender sobre la mente
Del que ávido os invoca

Torrentes de armonia
De inspiración y luz y sentimiento,
De belleza, de amor y poesía,
¡Descended hasta mí!... La pobre lira
Que mi inesperta mano
Hoy se atreve á pulsar no es suficiente,
Para cantar lo que cantar desea,
Si las alas de un genio omnipotente
No llegan, de mi frente
A iluminar la tenebrosa idea.
¿Dije cantar?... ¡Oh! Nó.
Llorar debi decir, que la derrota
Que en Alarcos sufrieron los cristianos,
En vez de alegres notas
Gemidos de dolor la lira mía
Hace vibrar tan solo
Cuando recuerda tan aciago día.
. . . . . .
Llorad conmigo, génios inmortales
E iluminad mi lloro,
Pues si al que canta le servis de guia
Y dais de inspiración rico tesoro,
Tambien el llanto tiene poesía.
¡Llorad!...¡Llorad! Que si las huestes moras
Tuvieron un Alarcos.

Ya cantareis los victoriosos hechos
De la cristiana gente
Que ostentando despues sus nobles pechos
Enseña esplendorosa,
Hizoles humillar su altiva frente
En la acción de las Navas de Tolosa.

. . . . . .

Corria el año de gracia
Mil ciento noventa y dos,
Cuando Diego Lopez de Haro
Esclarecido infanzón
Que á Soria, Briviesca y Nájera
Por entonces gobernó
Y gran valimento habia
En el Reino, aconsejó
Al Rey don Alonso Octavo
De Castilla, que en Carrion
Se reuniesen las cortes
Para tratar la mejor
Manera de hacer la guerra
A lós moros, que por Dios
Van aumentando sus fuerzas
Y vá causando pavor
Ver como crecen sus huestes
Mientras qne la división

Creciendo de nuestros Reyes
Mengüando vá su valor.
. . . . . .
Reuniéronse las cortes,
Y tras larga discusión
Y muchas idas y vueltas
De uno y otro embajador,
Hicieron al fin las paces
El monarca de León
El que lo era de Navarra
Y el Castellano Señor
Jurando solemnemente
Por su nombre y por su honor
Ampararse y defenderse
Hasta hacer con el pendon
De la media luna alfombra
Del Cristiano pabellon.
. . . . . .
D Martin Lopez, prelado
Que en Toledo floreció
Y que si buen sacerdote
Aun fué guerrero mejor,
Marchó sobre Andalucia
Y su pequeño escuadrón
Tantos hechos llevó á punto,

Tantas hazañas obró,
Que lleno de rabia el moro
Un consejo celebró
Para convenir el medio
Que pareciera mejor
De hacer frente al enemigo.
Y el tal consejo acordó
Pedir auxilios ál Africa.
Pues que terrible juzgó
Al castellano enemigo;
Con su proverbial valor,
Con su noble corazón
Vino Abu-Jacob Jusef
Trayendo del mismo en pos
Alárabes y Almohades
En suma tal que pensó
No solo vencer los reyes
De Castilla y de Leon
De Aragon y de Navarra,
Sino con loca ambicion
Someter toda la España
Bajo el arabe pendon.

. . . . . .

. . . . . .

Mirad, mirad, trescienros mil infieles

Que parecen el genio de la guerra,
Al raudo galopar de sus corceles
Hacen temblar bajo sus pies la tierra
Cual manada de hidrófobos lebreles
La venganza en sus animos se aferra,
Y juran por Mahoma hacer su esclavo
Al noble al bueno al Rey Alonso Octavo.

—

Que aun presentes estan en su memoria
Las derrotas de Atienza y de Zamora
De San Esteban de Gormaz la gloria
Y de Ordoño la espada vencedora:
Talavera y Simancas cuya historia
Sus páginas llenó con sangre mora
Y las huestes desechas de Almanzor
En los campos de Calatañazor.

—

Volad, volad á sus bridones gritan
Ansiosos de botin y de matanza;
Y sus pechos frenéticos palpitan
Lanzando grítos de feroz venganza;
Sus blancos jaiqués sin cesar se ajítan,
En ristre llevan la pujante lanza,
Y atras dejan la sierra atras el llano,
Acercandose al suelo Castellano!

Pisan de Alárcos la feraz llanura
Y asentando sus tiendas de campaña,
Como una cosa por demás segura
Por suya cuentan nuestra hermosa España;
Mas ¡Oh! No de sus hijos la bravura
Ha encendido en sus pechos ruda saña
Y allé van á impedirlo como un rayo
Los nobles sucesores de Pelayo.

—

Allá van de Castilla las legiones
Confiando en su Dios y en su fortuna
Ansiosas de clavar nuestros pendones
Sobre el que ímpio ostenta media luna.
El valor de sus bravos corazones
No cuenta la mayor fuerza moruña,
Porque jamás el español soldado
de enemigos el número ha contado.

—

Cuando lá luz en límpidos raudales
Del claro sol al alba centellea,
Y el sonar de añafiles y átabales
Llaman al moro á sin igual pelea:
Cuando *Allah-acbar* escuchase en sus reales
Impio grito de nefanda idea,
Se oye cerca gritar con noble saña

¡¡Por Santiago y á ellos, cierra España!!

—

Y cual si fuera la señal de muerte
Por los dos escuadrones convenida,
Se acometen entrambos de tal suerte,
Que amenazan perder todos la vida;
No se sabe cual de ellos es mas fuerte
Ni por quien la victoria se decida
Que si son muchos mas los mahometanos
Pelean como tigres los Cristianos

—

Gritos, ayes, rugidos, juramentos,
El áspero crujir de los aceros
Confundiendo los debiles lamentos
Que exalan los heridos, lastimeros;
Torbellinos de polvo violentos
Que levanta el ardor de los guerreros,
Sangre, muerte, dolor, carnicería,
Tal es la escena de tan triste día.

—

Porque allí los cristianos seeumbieron
Al número mayor del enemigo;
¿Fué que cobardes una vez huyeron,
O fué de Dios un ejemplar castigo?
Seria lo segundo, que no fueron

Jamás indignos de llevar consigo
La hidalguía, el valor y la arrogancia
Los nobles sucesores de Numancia.

—

Mas debió suceder, fué un loco sueño
De Alonso Octavo y de su orgullo insano
El querer dominar con vano empeño
La hueste mora con soberbia mano,
Hizo mal no esperar, no es mas pequeño
Quien ayuda recibe de un hermano,
Que una cosa el valor es muy honrosa
Y orgullo temerario es otra cosa.

. . . . . .
. . . . . .

A la luz del volcan embravecido
Que hace de Alarcos incendiaria tea,
Se ve un grupo correr enardecido
Custodiando un pendón que al aire ondea.
¡¡El pendón de la cruz, que han conseguido
Ileso arrebatar de la pelea!
¡¡Loor á la nobleza Castellana!!
¡¡¡Paso á la insignia de la fé Cristiana!!!

XVIII.

¡¡¡CARIDAD!!!

A LOS HABITANTES DE MI PROVINCIA

DE SORIA.

¡Oid! ¡Oid! Aterrador lamento
que confunde espantosa gritería
sale en alas del viento
de la rica y feráz Andalucía.
De aquella tierra hermosa
encantada mansión de los amores
en que doquier se siente vuestra planta
al punto se levanta
un ramillete de olorosas flores.
Aquella tierra ayer llena de vida,
del pobre labrador único encanto
hoy se halla convertida
en triste y solitario campo-santo.
Y ante tamaño duelo,
hoy vuelvo á descolgar la lira mía.

Aquella lira que en mis pocos años
cantaba á los amores
ciñendo del placer y la alegría
bella diadema de fragantes flores.
Aquella lira cuyas dulces notas
componían alegres melodías,
hoy la vuelvo á pulsar entristecido;
y de sus cuerdas rotas,
en la armonía que recoja el viento
por cada nota lanzará un jemido,
por cada arpegio vibrará un lamento.
Otro tiempo cantó de Andalucía
las bellas flores, su azulado Cielo,
del aurífero Darro los primores
y los encantos de su hermoso suelo.
Hoy... llora acongojada
entre el rudo fragor del huracán
y se ajita á sus pies con furia airada
el estridente ruido del volcán.
Hoy no canta el galan junto á la reja
de la árabe ciudad;
de su pecho se escapa amarga queja,
sus labios solo dicen... ¡Caridad!
¡Caridad! Que mi casa antes tan bella
por cármenes y flores circundada,

solo queda de ella
ruinas, desolación, escombros... nada.
Solo mira enredor tristes despojos,
luto, llanto, dolor, melancolia,
horrible padecer,
y de tanto llorar, enjutos ojos
que ní aun lágrimas tienen que verter.
Olvídada y oculta la discordia
y unidos todos del dolor en pos,
¡piedad! gritan ¡piedad! ¡misericordia¡
¡una limosna por amor de Dios!
Pan, albergue, cariño,
familía, hogar, de todo carecemos
y ante el horror de tantos males juntos,
¡ni los pañales de envolver al niño!
¡ni la tumba sagrada á los difuntos!

. . . . . .

. . . . . .

¡Hidalgos hijos de mi patrio suelo!
si oyerais de mi lira los sonídos
y el eco tríste de tamaño duelo
llegasen á escuchar vuestros oidos....
Si un dia vierais que de puerta en puerta
el triste huérfano aterído llama,
que ve su dicha para siempre muerta

y un socorro reclama....
No desoigáis su acento lastímero
ní dejeis de alíviar desdicha tanta,
practicad con el pobre pordiosero
la hermosa caridad, tres veces santa,
Si careceis de bienes y riqueza,
si la fortuna os negó sus dones
y arrastrais la pobreza
del mundo por el áspero desierto,
¡elevad a los cielos oraciones
por tantos ínfelices como han muerto!

—

XIX.

31 DE DICIEMBRE DE 1885

———

Descansa en paz, encerrado
bajo la mortuoria losa
en donde el tiempo pasado
por los hombres olvidado
eternamente reposa.

—

Descansa en paz escondido
en tu fúnebre panteon,

si hasta ti no llega el ruido
del llanto que ha producido
tu triste dominación

—

¡Llanto, dolor, amargura
en tu existencia menguada;
Digalo el rio segura
y la marchita hermosura
de Málaga y de Granada.

—

Diganlo tantos lugares
por el colera invadidos
en cuyos dulces hogares
ayer se oian cantares
y hoy solo se oyen gemidos.

—

Y dígalo España entera
patria de la lealtad
pues durante tu carrera
una nación extranjera
atentó á su integridad.

—

En tu trascurso fatal
la parca fiera ha corrido
desde el palacio real
hasta el albergue escondido

del infeliz menestral.

—

¿Que dejas de la existencia
de tu vida transitoria?
La miseria por herencia,
por legado la indigencia
y un abismo por historia.

—

Duerme en paz, año fatal;
mensagero funeral
de esta vida pasagera;
año que reina tan mal
mas vale que no naciera.

—

XX.

MI TIERRA

———

AYER Y HOY.

En medio de la noche despertando
y entre el sopór del sueño interrumpido,

tu pasada grandeza vá evocando
de patrio fuego el corazón henchido.
Unos tras otros ante mi pasando
van tus pueblos narrando lo que han sido
y con voz arrogante y altanera
esplicándose van de esta manera.

. . . . . .

Yó deshice de Roma las legiones,
yó á la deshonra preferí la muerte,
yó vencí á los Sempronios y Escipiones
y ante mis muros se estrelló su suerte.
El valor de mis bravos Pelendones
fué el espanto de un pueblo grande y fuerte,
yo soy modelo de sin par constancia,
yo soy la grande, la inmortal *Numancia*.
Yó sufrí de los Cónsules Romanos
el peso de irritante tiranía,
pero unidos mis pueblos como hermanos
sacudieron su yugo cierto día.
Arévacos y libres Segedanos
juntos lucháron en defensa mía
y es en la historia universal mi fama.
paso á mi nombre pues, yó soy *Uxama*.

—

En mis campos los Arabes sufrieron

la derrota mas grande de la historia
y los Reyes Cristianos se ciñeron
en su frente el laurel de la victoria.
Mis hijos con su esfuerzo consiguieron
para su patria inmarcesible gloria,
teñido estoy con sangre de Almanzór
yo soy el fiero *Calatañazor*.

—

En mis fértiles tierras fué ganada
por Reyes y esforzados caballeros
la tremenda batalla presentada
por infieles soberbios y altaneros.
El empuje potente de mi espada
cortó de raiz los musulmanes fueros,
dí á los pueblos limítrofes la paz
me llamo, *San Esteban de Gormaz*.

—

Sola, triste, perdida, desolada
y encarnandose en mi con saña fiera
la pobreza, por nadie remediada
como si el mal remedio no tuviera;
en medio de Castilla, abandonada
encuéntrome, quiza de España entera
yo cuya historia tanta, gloria encierra,
yo soy tu hermosa y olvidada tierra.

XXI.

LA CIENCIA.

AL INSIGNE PERAL

INVENTOR DEL SUBMARINO DE SU NOMBRE.

Es la ciencia un ideal
que va persiguiendo el hombre
en lucha grande y leal;
si le alcanza, hace inmortal
el recuerdo de su nombre.

Por la ciencia los varones
que á su influjo se esclavizan,
con sus grandes creaciones
á los pueblos civilizan
y honra son de las naciones.

Por la ciencia bienhechora
dominó el hombre el espacio,
y en su mente creadora
nació el que fuera un palacio
tras una locomotora.

—

Por la ciencia, el pensamiento
voló á lejanos lugares,
sujetó el rayo violento,
lanzó el globo contra el viento
y cruzó en vapor los mares.

—

Con la ciencia por enseña,
del hombre el genio se empeña
y dá en tan gigante liza
á Julio Verne que sueña
y á Isaac Peral que realiza.

—

Hoy no se contenta yá
con los triunfos conseguidos;
bajo las aguas está
y entre ellas en busca vá
de mundos desconocidos.

—

Que el submarino Peral

en su carrera triunfal
se desliza al recorrerlas
sobre alcatifas de perlas
y entre bosques de coral.

. . . . . .

. . . . . .

¡Patria mia! ¡¡Patriá mia!!
Cíñe manto de alegria
y olvida males profundos;
recuerda que fuiste un día
la señora de dos mundos.

—

Recuerda que tu fiereza
terror fué de las naciones;
recuerda que en tu cabeza
brillando están los florones
de tu orgullo y tu nobleza.

—

Dile al orbe en general
que tiene los ojos fijos
en tu malestar actual,
que aun tienes á Isaac Peral
entre tus preclaros hijos.

—

Dile que si un continente

se conoce en nuestra esfera,
se debe á ti solamente
y á las joyas de la frente
De D.ª Isabel Primera.

—

Dile que aunque hoy humillada,
aun entre tus hijos arde
aquella sangre sagrada
que en tus aras derramada
fué por Daoiz y Velarde.

—

Dile con el alma henchída
del placer que te enajena,
que tu grandeza perdida
hoy recobra nueva vida
y que estás de enhorabuena.

—

Porque el altivo pendon
que un dia llevó Colon
tus Bajeles al guiar,
hoy lo llevas por blason
en lo profundo del mar,

. . . . . .
. . . . . .

¡Patria mia! ¡¡Patria mia!!

Con tu manto de alegria
cubre al preclaro marino
que te enriquece este dia
con un invento divino.

—

Con tu guirnalda mas bella
ciñe su inspirada sien
donde la ciencia destella:
y dejame ponga en ella
una pobre flor tambien.

—

XXII.

Á LA CIUDAD DE SORIA

EN LA FESTIVIDAD DE SU PATRONO SAN SATURIO

— — —

Pueblo que honra virtudes y heroismo
Se honra, honrando á sus hijos, á si mismo.

Muy noble y muy leal Ciudad de Soria;
En este fausto dia

Las páginas sublimes de tu historia
No ha de evocar mi pobre fantasía,
Ni en cantos vehementes
Ha de invocar la inspiración pagana
A musas, flores, Pindaros y fuentes.
Solo la fé me inspira;
Y esa fé que hizo martir al Cristiano
En las cuerdas rozando de mi lira
Tal vez notas serán que al cielo lleguen
Aunque arrancadas por inhabil mano.
No he de cantar de la inmortal Numancia
Los hechos, por lo grandes conocidos
Y lleno el pecho de entusiasmo, oidos.
En los dias hermosos de mi infancia.
Tampoco á de ensalzar la lira mia
Aquella lealtad y aquel cariño
Con que en tu seno cobijaste un dia
los tres primeros años de un Rey niño
Ni de tus grandes hombres
He de contar hazañas y portentos:
Ni he de narrar la historia peregrina
De los templos, palacios y conventos
Que en tu suelo levantas
Y que holláron un dia con sus plantas
Santa Teresa y Tirso de Molina.

Ni de aquel patriotismo sin segundo
Que en fecha no remota
Hiciste alarde ante la faz del mundo
En donde hoy se levanta una picota...
Nada de esto ha de ser asunto mío
Ni para tanto con poder me siento;
Hoy la lira del mísero poeta
Solo aspira á cantar con pobre acento
Las virtudes de un Santo anacoreta.

. . . . . .
. . . . . .

¡San Suturio bendito! Cuando niño
Me contaron tu historia bendecida,
En el pecho guardéla con cariño
Y en él continuará toda mi vida.
Y hoy que se honra, honrando tu memoria
El Pueblo que cobijas con tu manto
Permíteme que eleve hasta tu gloria
El eco fervoroso de mi canto.

—

En medio de una colina
Que bello campo domina,
Una ermita se levanta

Por cuya base camina
Besando el Duero su planta.

—

Fué un tiempo gruta sombría
En donde dicen que habia
Un altar á San Miguel
Y un hombre que noche y dia
Oraba delante de él.

—

Según nos cuenta la historia
Nació en la Ciudad de Soria
Entre la Goda nobleza,
Con brillante ejecutoria
De blasones y riqueza.

—

Mas su virtud sin segundo
Y un sentimiento profundo
De perfecta caridad,
Hizo que dejando el mundo
Buscára la soledad.

—

Y en la caverna escondido
Ajeno al mundano ruido
Y huyendo sus desengaños,
Pasa este Santo elegido

Viviendo treinta y seis años.

—

Allí entre la roca dura
Con una conciencia pura
Dirige á Dios sus plegarias,
Recibiendo de su altura
Mercedes extraordinarias.

—

Allí acuden en tropel
Desde el apuesto doncel
Hasta el humilde pechero
Encontrando siempre en él
Cariñoso consejero.

. . . . . .

. . . . . .

Cierta vez, al despuntar
El primer albor del día,
Yendo San Saturio á orar
Vió un jóven que discurria
Queriendo el Duero pasar.

—

Y al ver su idea inesperta
Volando á una muerte cierta,
Angustiado el eremita
Sale del antro a la puerta

Y fuertemente le grita.

—

Va el jóven del grito en pós,
Pone el pensamiento en Dios
Y sin miedo á la corriente
Pasa, se postran los dos
Y oran reverentemente.

=

Porque bien clara se ve
La mano que al justo abona,
Y así premió Dios la fé
De aquél que más tarde fué
Obispo de Tarazona.

—

Desde entonces, en plácida armonía
Comparten de la vida los rigores,
Y en la gruta sombría
Resuenan sin cesar de noche y día
Cánticos al Señor de los señores.
Discípulo y maestro
Disfrutan de los justos la ventura,
E impregnados de dulce sentimiento
Con ansia esperan el postrer momento
De entregar al Señor su alma pura.

. . . . . .

... .

Una tarde de Octubre, al firmamento
Claro, diáfano, puro y trasparente
Que al valle sonreia, en el momento,
Cubriéle de repente
Una nube sombria y tempestuosa,
Del Duero la corriente
Mugiendo entre las peñas pavorosa;
El graznido de la águila altanera
Volviendo hacia su nido:
El fragor del relampago y el trueno
Dejando oir su horrísono estallido
Del Santo asilo interrumpió el silencio.
Solo del buen Prudencio
Escúchanse las preces fervorosas
Que hacia el Señor envia
y el lúgubre estertor de la agonia
De una alma que abandona la materia
Y que á su Dios en todo consagrada
Vuela á buscar la celestial morada
Dejando de este mundo la miseria.
Una luz misteriosa iluminaba
El interior de la caverna umbria;
Nuestro Santo espiraba,
Y ante prodigio tal no se sabia
Si era luz del relampago que entraba

O el alma de Saturio que salia.

—

San Saturio murió, pero su gloria
Aun despide vivísimos fulgores
Con que ilumina la ciudad de Soria
Y proteje á sus leales moradores.
Presentes siempre están en su memoria
De su santo patrono los favores
Y cuando algun peligro les inquieta,
Se encomíendan al Santo anacoreta.

—

¡San Saturio bendito! Si algun dia
Ves de tus hijos el dolor profundo,
Cúbreles con tu manto y se su guia
En el mar proceloso de este mundo.
Conserva de su pecho la hidalguia
Y aquel valor de su alma sin segundo
que vió á sus pies en memorable fecha
La espada de Escipión pedazos hecha.

—

Enjuga desde el Cielo en donde mora
Gozando de su gloria tu alma pura
El llanto de tu Pueblo, cuando llora
Víctima de mundana desventura.
Sea siempre tu sombra bienhechora

Inestinguible fuente de ventura
Para estos hijos que á tus plantas llegan
Y á honrar tu nombre con ardor se entregan.

—

Desde esa roca en que á merced del viento
Un dia edificó la fé Cristiana
Atrevído y hermoso monumento
Dedicado á tu imágen soberana:
Desde esa ermita pues, bello ornamento
De que tu pueblo con razon se ufana,
¡Oye el ruego que envíote contrito!
¡¡Míra por tu Ciudad, Santo bendito!!

—

XXIII.

ANTE LAS RUINAS DE UXAMA

—o—

Que triste y solitario es el camino
si al crúzar los senderos de la tierra
ruinas tan solo encuentra el peregrino!
Ruinas y nada más.....! Fatal destino.
mísero fin de cuanto el mundo encierra.

Al mirar las de Uxama extremecido
el ánimo, contempla sus despojos
y pensando en lo que és y en lo que ha sido
se siente el corazon entristecido
y se llenan de lágrimas los ojos.
Doquiera fijo mi cansada planta,
doquiera llevo el pensamiento mio,
una sombra, un recuerdo se levanta
cual trovador patriótico que canta
las glorias de su antiguo poderio.

. . . . . .

. . . . . .

De aquellos grandes hechos que pregona
la metálica trompa de la fama
¿Que te ha quedado yá noble matrona?
¿Que del verde laurel de tu corona?
¡Ruinas y nada más! ¡¡Misera Uxama.!
Ruinas y nada mas donde el víajero
solo encuentra el silencio interrumpido
por las aguas inquietas del Ucero,
ó el balido del tímido cordero,
ó el grito de las aves desde el nido.
Y trozos de murallas derrumbadas,
algives ciegos, acueductos secos,
atalayas ruinosas y agrietadas

BIBLIOTECA PÚBLICA - SORIA -

que al sentir en su torno las pisadas
forman con ellas pavorosos ecos.
En la cumbre del monte mas fragóso
la antigua fortaleza destruida,
y dentro del recinto misterioso
encuentra asilo el buitre perezoso
y á las águilas sirve de guarida.
Aqui junto á las márgenes del rio
primoroso mosaico yá desecho;
allí un sepulcro profanado y frio
cuyo seno fatídico y sombrio.
fué de un héroe tal vez mortuorio lecho.
. . . . . .
¡Mísera Uxama; Al contemplar tu ruina
se siente algo de grande que anonada:
lo que se siente ante la fuerte encina
que su alta copa hacia la tierra inclina
por eléctrica chispa destrozada.
Y parece que cruzan por el viento
los manes de tus héroes famosos
que yacen bajo el duro pavimento
de su fé, su valor y su ardimiento
recordando los tiempos venturosos.
Ilusiones no mas que forja el alma,
silencio sepulcral, ni un leve ruido

viene á turbar la misteriosa calma
conque se envuelve su gloriosa palma
cubierta por la tumba del olvido.
¡Del olvido!... Baldón, baldón profundo
para esos patrioteros intrigantes
que cubren de pirámides el mundo
y honrando en ellas al pigmeo inmundo
relegan al olvido á los gigantes.
Una sencilla cruz puesta en la altura
de la fuerte atalaya que domina
de Portuguí la inmensa tajadura,
por única señal de tu bravura
osténtase en la histórica colina.
Y parece que dice al peregrino
que contempla su gloria hecha pedazos;
si ruinas encontraste en tu camino,
yó presidó su heróico destino,
yo las protejo con mis santos brazos.

—

XXIV.

A LA CIUDAD DE BURGOS

Con motivo de la recepción de los restos del Cid.

—o—

Un héroe tuviste cuya historia
la hispana historia de grandezas llena
y cuyo nombre por doquier resuena
envuelto en el laurel de la víctoria.
Hoy que te honras, honrando la memoria
del noble Cid y la sin par Jimena
une al puro placer que te enajena
el placer que yó siento por tu gloria.
Despues de siete siglos, á tu seno
vuelven sus restos y en tu amor profundo
de noble orgullo los recibes lleno
y te entregas á patrios regocijos;
¡Bien haya el Pueblo que á la faz del mundo
honra tan bien á sus preciaros hijos.

—

XXV.

EL DESTINO.

—

Cambia el rudo fragór de la batalla
por la bendita paz de los hogares;
cambian de rumbo los inquietos mares
al romperse en granítica muralla,
cambia en escombros la soberbia valla,
cambia el temblor de tierra los lugares
y en astillas, los troncos seculares
cambia la chispa que en la nube estalla.
Que del mundo en el áspero camino
todo es variable, breve y pasagero:
tan solo es inmutable nuestro sino
que no cambia jamás en su partida
desde el momento de nacer primero
hasta el último instante de la vida.

—

XXVI.

EL ÚLTIMO INSTANTE.

—o—

Dos blandones ardiendo en la capilla
delante de Jesús crucificado
alumbrando el semblante demacrado
del pobre reo que á sus pies se humilla.

Un sacerdote en cuya frente brilla
el fuego de la fé puro y sagrado
prodigando consuelo al desgraciado
humeda por el llanto la megilla.

Encima del patibulo infamante
un hombre de fatídica destreza
que no se inmuta en el horrible instante
que hace girar la lúgubre palanca;
despues.... una existencia que se arranca,
despues.... un padre nuestro que se reza.

XXVII.

LA TRADICIÓN.

—

A los Sres. D. Mariano Granados y D. Pascual P. Rioja.

—

¿Porqué pedis cantares con tanto empeño
á quien solo hace coplas que causan sueño?
Si la gracia de Erato ya no me inspira
y está rota y sin cuerdas mi pobre lira.
Si despues de los años me han convencido
de que no soy poeta, ni que lo he sido
y que mi escaso número seco y enjuto
es solo el de un maniático *vate en canuto*.
Si pues son axiomáticas tales sentencias
segun han declarado *las eminencias*
¿Porque pédis cantares con tanto empeño
á quien solo hace coplas que causan sueño.
. . . . . .
Pero en fin, pecho al agua... yó nada pierdo;

versos me habeis pedido para *El Recuerdo*
y si hoy al complaceros salen perversos,
vuestra será la culpa, no de mis versos.
Invocaré las musas como otras veces
á ver si con su auxilio no hago sandeces;
pues solo, es tan obtusa mi pobre idea
que ni aun asunto encuentro que bueno sea.
. . . . . .
. . . . . .
¡Acudid en mí ausilio las nueve hermanas
que sois en el Parnaso las soberanas,
y si posais las alas sobre mi frente,
saldré del compromiso regularmente.
No lo hagais por el *lienzo*, pues no me inflama
el infantil deseo de adquirir fama,
ni ambiciono cintajos, gloria y renombres
que sin razón mil veces llevan los hombres
siendo grajos cubiertos, en casos tales
con las doradas plumas de pavos reales.
Hacedlo por *el marco* que es un tesoro;
por él vuestros favores humilde imploro:
haced que en el no sea mi poesia
la discordante nota de su armonia.
Pero.... ¡Cielos! ¿Que es esto?.... Me vuelvo loco,
si es á la musa joven á quien invoco

y en lugar de ser ella la que me alienta
una anciana decrépita se me presenta.
Su mirada tranquila, su rostro suave,
su continente altivo su porte grave,
por no sé que escondido, raro secreto
infunden en mi animo vivo respeto:
y la escucho estasiado porque es su acento
dulce cual la armonia que lleva el viento.
Oid, oid conmigo, que sus consejos
aunque son de una vieja, nunca son viejos.
. . . . . !
Razon tienes, me dice para apurarte
al no encontrar asuntos en que inspirarte;
y es que el mundo en que vives es tan mezquíno
que solo hallo miserias en mí camino.
Busca del tiempo viejo cualquier historia
y aunque no encuentres otra que la de Soria,
allí verás lo grande, lo verdadero,
lo que no muere nunca, lo que es sincero.
Los héroes de Savia, los de Numancia,
los de Gormaz. Veluca, Lutia y Termancia
Los de Segeda, Velia, Erga y Uxama
y los de tantos otros de eterna fama
te darán tantos hechos y tan diversos
que te vendrán de perlas para tus versos.

Si con tanta grandeza no te atrevieres
y hechos individuales cantar prefieres
yó acudiré en tu auxilio, que á mi memoria
ni un punto se le oculta de nuestra historia.
De la piedra que huellas bajo tu planta,
del trozo de muralla que se levanta,
del sepulcro vacio, del pavimento,
de la agrietada almena que azota el viento;
de las armas, canales y aljives ciegos
que descubre el arado de los labriegos:
de cuanto noble y grande tu suelo encierra
pues mucho noble y grande tiene tu tierra,
yo te contaré historias tan singulares
que serán tema hermoso de tus cantares.
Si por hechos recientes tu afan suspira
mas vale que en pedazos rompas la lira,
que hoy lo noble, lo grande, lo verdadero
ausente está del mundo, segun infiero,
y si es qua todavia queda algo bueno
se esta ahogando en las olas de un mar de cieno.
Mira en torno y ¿Que encuentras? la ruin envidia
en consorcio amigable con la perfidia:
los hombres degradados y envilecidos
proporcionando goces á sus sentidos,
y en lugar de patriotas, politiquillos

sin mas idea fija que sus bolsillos.

. . . . . .

. . . . . .

Pero... ¿Quien es la anciana que tanto sabe, y de tanto secreto tiene la llave?

¿Quien es la que me inspira con el consejo de que cante la historia del tiempo viejo?

¿Quien es la noble anciana de faz severa que subyuga mi mente de tal manera?

Oid, oid conmigo su historia breve que en el fondo del pecho guardarse debe.

Tan vieja como el hombre, sobre la tierra soy archivo viviente de cuanto encierra, solo que en este archivo, guardar prefiero lo sublime, lo grande, lo verdadero.

Las pequeñas miserias que he aprendido, las entrego al desprecio... y las olvido.

Yó enseño á los ancianos con gran cariño lo que estos á los jóvenes y estos al niño y así de unos á otros, van mis lecciones pasando de unas á otras generaciones.

Y te dejo hijo mio porque es muy tarde la tradición me llamo que Dios te guarde.

. . . . . .

. . . . . .

Tal ha sido la musa que ha concurrido
á la ardiente plegaria que he dirijido,
¡Una anciana decrépita! Lo suponia;
siendo anciana y decrépita la lira mia
es natural y lógico que sus canciones
en vez de alegres, sean lúgubres sones,
y ved como pedirlas es vano empeño
á quien solo hace coplas que causan sueño.

—

XXVII.

EL ANGEL DE LA COMARCA.

—o—

Cerca de un pueblecito que existe en la falda de los pintorescos y nevados montes de los Alpes, se levanta un edificio, que si bien su aspecto general revela que en otro tiempo fué una de esas casas solariegas en que al lujo de sus habitaciones se aunaba lo fortísimo de sus muros y lo imponente de sus aspillerados torreones, en la actualidad se encuentra transformado en una bellísima quinta de recreo, en que su antíguo feudal aspecto cambiado está por obras de moderna construcción

Lo que en remotos tiempos debió ser profundo foso se encuentra sustituido por hermosos jardines que circuyen al edificio.

Las prolongadas saeteras por donde acaso en epoca lejana partiria silvando el venablo del ballestero, han dejado lugar á las modernas ventanas que ostentan hermosas macetas de flores, orgullosas tal vez de la mano que las riega.

En este delicioso sitio, residencia veraniega de los condes de Casa-roca, es donde tuvieron lugar hace pocos años los sucesos que vamos á referir.

Componíase la familia de los condes, del matrimonio, que si bien no era de edad abanzada, adivinávase en él y sobre todo en la señora, esos signos característicos que acusan una vida de disgustos y revelan una vejez prematura, á juzgar por las arrugas que surcaban su frente y por las canas que empezaban á blanquear su cabellera que tiempos atras debió ser negra como el ébano.

Una joven, ó mas bien una niña, puesto que su edad no pasaria de los quince años, hija del matrimonio indicado y los individuos precisos de la servidumbre eran el resto de los habitantes de la quinta, hasta que las primeras lluvias del otoño venian á anunciar que el invierno con sus días de tristeza no estába lejos. En este tiempo abandonaban aquellos deliciosos contornos para volver á la córte, y entonces quedaba la posesión bajo la salvaguardia de un administrador, quien con su

familia eran los únicos habitantes de la casa durante la estación de las nieves.

. . . . . .

Corrian los últimos días de Mayo y por el movimiento que se notaba en la casa blanca, como la llamaban los campesinos, adivinábase qne los dueños no tardarían muchos días en habitarla.

Ea, muchachos, dijo un día el administrador á los sencillos habitantes de la aldea; poneos vuestros vestidos de fiesta y preparad alguna diversión para esta noche, porque vuestros protectores acompañados de Consuelo, su hija, el angel de la comarca como vosotros la llamais, deben llegar esta tarde cuando la campana de la oración lance al aire sus melancólicos sonidos.

La impresión que produjo esta noticia es fácil de adivinar si se tiene en cuenta que el conde de Casa-Roca era la providencia de aquellos pobres aldeanos.

El, les daba el grano que les era necesario, cuando sus trojes no contenian lo suficiente para hacer la simienza.

El, jamás les apuró para el pago del arrendamiento de sus tierras y como si esto no fuera bastante, su hija Consuelo, repartía abundantes limosnas entre los necesitados y no se desdeñaba en conversar con las *comadres* del lugar, que casi siempre al retirarse, hacian la apología de la jóven, conclu-

yendo por adjudicarla el poético nombre de el *angel de la comarca*.

Tal lo parecía en verdad. Al verla cuando el Sol empezaba á declinar por el occidente acompañada de su madre, ó de alguna de sus doncellas, vagar por la campiña, con su cabello negro como la noche, suelto á merced de la brisa de la tarde; con su vestido de muselina blanca, no tanto como la tez de su frente y que dejaba adivinar las formas de una niña que empieza á ser mujer, hubiérasela tomado por una de esas vaporosas creaciones que el pincel de Murillo nos legó.

En medio de la alegria general de aquellos sencillos habitantes, solo un jóven, casi un adolescente destacábase entre los demás por su tristeza; si un ojo observador se hubiera fijado en él, cuando el administrador dió la noticia de la llegada de sus principales, hubiera podido observar que un suspiro se escapaba de su pecho, y una lágrima silenciosa se deslizaba por sus mejillas, siguiendo el mismo camino que la habian marcado las muchas que la habian precedido.

¿Porque pues el jóven celebraba con lágrimas, lo que todos los que le rodeaban celebrában con hurras de alegria?

¿Porque aquel semblante, melancólico habitualmente, dejaba entrever su pena convertida en llanto; cuando todo era regocijo en su alrededor?

¡Ay! Porque Eduardo amaba á Consuelo, y su vista iba á encender de nuevo el volcan que ocho meses de ausencia no habían podido estinguir.

Porque Eduardo amaba sin esperanza. Porque su amor inmenso como el de Dios, puro como el de una madre, no habia salido de su corazon y su fuego le iba consumiendo como la llama de una hoguera consume el combustible que la alimenta.

Porque para Eduardo, llegaba el tiempo en que sentado en las inmediaciones de la morada de Consuelo, habia de escuchar su voz, habia de oir los dulcisímos sonidos que su mano arrancaba al piano, con las lagrimas en los ojos y el alma henchida de dolor.

¡Pobre Eduardo!

Habia perdido á sus padres siendo aun muy niño y no quedandole en el mundo mas afecciones qne las de algunos parientes muy lejanos y la del tutor á quien su padre le encomendára al morir, abandonó el bullicio de la ciudad por la tranquilidad de la aldea, donde vivia con el producto de sus modestas rentas entre los encantos naturales de la vida del campo y cultivando por entretenimiento el divino arte de Apeles.

Alli conoció y amó á Consuelo en una de sus escursiones veraniegas, y alli devoró en silencio sus penas al ver la distancia que le separaba del objeto de su amor, razon por la que jamás pensó en dejarla entrever su funesta pasión.

. . . . . .

La tarde iba declinando.

Las nubes tomaban esa tinta purpurina que el astro del día las comunica al dejar su lugar á la reina de la noche.

Algunos labradores volvian presurosos de sus faenas con el objeto de saludar á sus señores, cuando llegasen al pueblo.

Infinidad de gente se agrupaba á las puertas de la quinta y en las avenidas de la carretera por donde habian de llegar los condes de Casa-Roca.

En todos los semblantes se notaba el contento, en todos los corazones se albergaba la felicidad.

Solo un jóven se alejaba de la muchedumbre, caminando hacia el sitio por donde habia de llegar el coche, como siquisira ser el primero en saludar á los ilustres viajeros.

Aquel jóven era Eduardo.

Caminaba triste, con la mirada baja y de cuando en cuando una lágrima importuna pugnaba por salir de sus ojos, lágrima que procuraba contener porque no quería que en su semblante se notase la emoción al saludar á los condes.

El ruido lejano de un carruaje vino á sacarle de su meditación, y al poco rato un elegante coche de camino, dejóse ver en lo alto de la cuesta

Eduardo se llevó las manos al corazón, porque creyó que se saltaba en pedazos.

En aquel coche venia Consuelo, y Consuelo era para el un imposible.

No tuvo valor para mirarla de cerca, y apartándose del camino, ocultóse entre unos arbustos que crecian á su orilla y desde donde podia ver sin ser visto.

A los pocos momentos cruzó el carruaje, rápido como el pensamiento, pero en medio de su carrera, Eduardo pudo distinguir á un jóven que sentado á la izquierda de Consuelo, departia con ella, con el aire de la mas completa confianza.

Un sentimiento de celos cruzó por su mente pero lijero como el rayo pasó dejando lugar á su abatimiento ordinario.

¿Que derechos tengo yo, se dijo, sobre Consuelo?

¿Acaso sabe el insensato amor que siento por ella?

¿Acaso puedo impedir que á otro mas afortunado que yó, entregue su mano y su corazón?

¡Dios mio! ¡Dios mio! vos que sois misericordioso, haced que desaparezca esta pasión, que segun la siento, concluirá por hacer la desgracia de mi vida.

Y como agobiado por estos pensamientos, cubrióse la cara con las manos y un raudal de lágrimas corrió por las mejillas del pobre joven.

Asi permaneció por espacio de una hora y muy entrada la tarde se dirigió á su casa donde se encerró y pasó la noche sin poder conciliar el sueño.

Al dia siguiente cumpliendo con un deber de cortesia fué á visitar á los recien venidos, mereciendo de todos y sobre todo de Consuelo las mayores atenciones.

Tenemos una noticia y un encargo que dar á usted, le dijo el Conde, nuestra Consuelo se casa con el jóven Vizconde de la Florida y hemos pensado que V. pinte un cuadro en que se represente la ceremonia de su matrimonio, ya que segun nuestras noticias no es á V. á quien menos niega sus favores el inspirador Apolo.

Un rayo que hubiera caido á los pies de Eduardo no le hubiera producido el efecto que esta noticia, pero dominando con un esfuerzo supremo su emoción, pudo encontrar algunas frases conque responder á la galanteria del Conde.

Despidióse, y loco, frenético salió de aquella casa donde quedaba enterrada su felicidad, donde se habia roto el tallo de la flor dulcísima de sus esperanzas.

Tambien si se hubiera observado á Consuelo pudiera haberse notado en ella el disgusto con que recibió las últimas palabras de su padre.

Pidió permiso para retirarse y seguida de su madre se encaminó al jardin donde dando rienda suelta á su llanto... ¿Conque no hay remedio?... dijo ¿Conque es posible madre mia, que he de dar mi mano ya que no mi corazón al vizconde? ¿Conque es posible que mi padre que tanto cariño al parecer me profesa, quiera convertirse en tirano de su hija? No, no puede ser, rogadle madre mia que desista de su empeño; rogadle que no me sacrifique al dinero de Arturo aunque haya de ceñirme al mismo tiempo las tocas de las virgenes del Señor.

¿Y qué hacer hija mía?... Cuando le pidió tu mano, sin contar con migo y lo que es peor sin consultarte á tí, se la concedió sin reparo; no contento con eso le obliga á que pase el verano con nosotros, y yo desde la muerte de tu hermana no me atrevo á contradecirle, porque á osado decirme alguna vez...

Al llegar aquí la condesa se detuvo, y como si recordara alguna ofensa grave, su rostro se cubrió de un vivo carmín y un mar de lágrimas surcó sus mejillas yendo á perderse en su seno.

¿Qué, madre mia? Preguntó Consuelo con ansiedad.

¡¡Que yo la he matado!! Dijo la Condesa con acento convulsivo.

Oyeme Consuelo... Dentro de poco hará años en que yo me encontraba en una situación tan grave y tan parecida á la que hoy nos encontramos.

Tratábase de d r estado á tu pobre hermana Aurora: dos aspirantes se presentában á su mano. Por uno de esos instintos que solo las madres conocemos, mi elección entre los dos estaba en todo conforme con la de tu hermana pero de completó desacuerdo con la de tu padre que solo por la condición de que poseía un título de nobleza había designado al otro para esposo de su hija. Escuso decirte las cuestiones y lágrimas que me costó el hacerle desistir de su propósito, lágrimas que dí por muy bien empleadas porque con ellas conseguí que tu hermana fuera esposa del que había elegido su corazón.

Por espacio de dos años, ni una sola nube oscureció el horizonte de su felicidad, pero una noche, Antonio que como sabes así se llamaba el esposo de Aurora, volvió á casa más pálido que de costumbre; un círculo morado circundaba sus ojos y en sus ademanes notábase un aire distraido muy contrario al que era habitual en él.

Levantóse al otro día muy temprano y salió de casa con el fin de pasar la mañana cazando, ejercicio al que era muy aficionado.

Llegó la tarde y Antonio no volvia. La noche estendió sus sombras por la tierra y nuestra inquietud subió de punto pues Antonio aun no estaba de vuelta.

Algunos criados salieron en su busca pero ninguno cuando volvió trajo noticias de el.

Un secreto presentimiento nos embargaba y Aurora con ese instinto particular de la mujer. entro en el cuarto de su marido buscando algun indicio que nos orientara: poco tardo en encontrar una carta de Antonio lacrada y dirigida á ella.

Con mano convulsa rompió el sobre y no bien hubo leido las primeras lineas cayó al suelo sin sentido

Despues de prodigarla los mas solicitos cuidados. conseguimos que volviera en si. Entonces corrimos á ver el contenido de la carta fatal y mudos de terror leimos lo siguiente.

«Aurora: perdóname, soy un infame. Seducido por unos falsos amigos, anoche jugué y perdi mi patrimonio y el tuyo:

Despues de esto, no puede un demonio como yó vivir al lado de un angel como tu. Si queréis buscarme, junto al barranco del molino me encontrareis. Si despues de lo que voy ha hacer me conservas un resto de cariño, derrama por mi una lágrima y pide á Dios que dé á un miserable una vida mejor que la que iba á llevar *si en este mundo viviera* despues de mí acción de anoche. Adios, hasta la eternidad.»

Al día siguiente, prosiguió la condesa se encontró el cadáver de Antonio, con la cabeza horriblemente destrozada por los proyectiles de una arma de fuego.

Un año despues, Aurora dejó de existir, por efecto de una enfermedad que la produjo la melancolía que no la abandonó ni un instante desde el trájico fin de su esposo.

Aun recuerdo con horror aquel día: tu padre, furioso como un leon, me dijo que yo era la causa de su muerte, por haber consentido y apoyado el enlace de tu hermana con un hombre á quien siempre juzgó un libertino.

Esta es tambien la causa de mi tristeza, cuyo secreto tantas veces has tratado de averiguar, secreto que nunca te he dicho y que jamás hubiera salido de mi pecho á no ponerme las circunstancias, en un caso análogo al que originó mis desventuras, pues muchas veces he pensado si tu padre tendria razón.

Dime ahora si he de atreverme á ser por segunda vez calificada de asesina de mis hijas si lo que Dios no quiera tu

enlace con otro que no sea Arturo no fuera enteramente feliz.

Al concluir su relato la condesa, abandonada del esfuerzo que necesitara para hacer tan dolorosa revelación, cayó sin sentido en los brazos de su hija que transida de dolor pedia socorro para su madre.

Nadie contestaba á sus voces; se habian alejado demasiado de la casa y la distancia impedia que llegáran hasta ella, sus entrecortados gritos.

Solo un jóven que al parecer vagaba por los alrededores del jardin, asomó la cabeza por entre los hierros de una verja. Alli permaneció breves instantes, hasta que viendo que nadie acudia á las voces de la jóven, con una agilidad maravillosa, saltó la tapia y se encontró junto al grupo que componian la Condesa y su hija.

¡Eduardo! Exclamó la jóven sobrecogida al pronto por su inesperada aparición.

Tranquilicese V, Señorita, contestó el recien venido, he oido sus voces pidiendo socorro cuando por casualidad pasaba junto á las tapias del jardin y aun á riesgo de ser tomado por un ladron no he vacilado en escalarlas y ójala mi presencia en este sitio pueda servir de algo á la señora condesa que segun veo es quien necesita pronto auxilio.

¡Mi madre se muere! repuso Consuelo. ¡Por Dios! pronto, pronto, corra V. por favor, en el pabellon de la izquierda del

piso bajo encontrará V mi habitación, en ella verá sobre mi tocador algunos frascos con sales y esencias aromáticas, corra V. por ellos y acaso con su ayuda, podamos restituir la vida de mi madre, de mi madre que es el único apoyo que me queda en el mundo

La jóven embargada por el dolor, no comprendió que sus palabras fueron una revelación clara para las sospechas que ya habían nacido en el corazón de Eduardo.

¡No le ama! Se dijo este, en medio de su alegria, y ligero como el viento se encaminó á la habitación de Consuelo.

Una vez dentro, súbita idea le asaltó. Llevóse varias veces la mano al bolsillo interior de su *chaquet* y otras tantas como arrepentido de lo que iba á hacer vaciló en su determinación, pero recordando que la condesa nececitaba de sus auxilios... éa, valor, se dijo, quizá nunca vuelva á encontrar tan buena ocasión, y sacando un papel, lo depositó con cuidado en una caja de guantes volviendo á cerrar con llave.

Un momento despues se hallaba al lado de la condesa, quien con los solícitos cuidados de los jóvenes, volvió en si á los pocos instantes.

Trasladada á la casa, el jóven volvió á salir por donde habia entrado despues de prodigarle Consuelo las más repetidas atenciones y hacerle prometer que las visitaria más á menudo que de costumbre.

Eduardo dudó algunos días en volver á casa de los condes. El paso que habia dado dejando la carta en la caja de Consuelo le parecia un crimen y un vivo carmin enrojecia su rostro cuando pensaba en presentarse ante ella.

Tuvo proyectos hasta de abandonar el pais; pero un día paseando solo como de costumbre, se presentó como una aparición ante su vista Consuelo, que con una de sus doncellas venia en dirección opuesta á la que él caminaba.

Adios, señor ermitaño, le dijo, con el tono de la más adorable coqueteria.

Creiamos que se habia usted muerto, ó que alguna falta involuntaria nuestra nos habia privado de su amistad.

Eduardo que esperaba una acogida fria y aun una terrible reconvención quedóse agradablemente sorprendido ante la inesperada amabilidad de la jóven.

Señorita, la dijo, despues de un violento esfuerzo; yo soy el que creia que no era digno de presentarme ante usted despues del atrevido paso que dí al dejar á usted la carta que supongo ya habra visto.

Sí, sí, dijo Consuelo, precisamente esta mañana... pero no creo que en ella haya nada... al contrario... en fin... volveré á leerla... quizá ahora vea alguna cosa atrevida como usted dice, que esta mañana no he visto.

Y sentándose en un alto que hacía la desigualdad del terreno, sacó un papel que desdobló en silencio.

La doncella que como todas las de su clase comprendió al momento de qué se trataba, se retiró algunos pasos y se entretuvo en deshojar las flores que esmaltaban la pradera.

Eduardo se sentó al lado de Consuelo y esta comenzó á leer la carta siguiente.

«Señorita: perdóneme V. soy un insensato, un loco.

Perdóneme V. si teniendo tantas ocasiones de hablarla, llega un momento én que quiera hacerlo por escrito.

Diciendola de palabra lo que en esta carta he de decirla me pareceria que cometia la misma falta que comete un criado al tomarse ciertas confianzas con su señor.

Perdóneme V, si vé en ella, en cada palabra una sandez, en cada renglon un disparate, un imposible en su totalidad.

Perdóneme V.! La amo! La amo tanto, como aman las flores al rocio de la mañana, como las aves á la inmensidad del espacio, como á la patria el desterrado cautivo.

Perdóneme V. si me atrevo á declarar un amor que había jurado guardar eternamente en mi pecho, y que hoy lo hago no con la loca esperanza de que me corresponda, sino por salir de una vez de ese martirio lento que produce la incertidumbre y que hace tiempo descendió sobre mi, ya amargando muchos dias de mi vida, ya haciendome concebir esperanzas que muy pronto se desvanecian al comparar lo mucho que vale V. y lo poco que yo valgo.

Yo que la amo tanto he sabido su proximo enlace con el Vizconde de la Florida

Yo que daria hasta la última gota de mi sangre por evitar á V. un disgusto he sabido que si consiente en la boda es unicamente por no disgustar á su padre.

Yo que estoy resuelto á que V. no se sacrifique, estoy decidido á impedir ese malhadado enlace.

Y lo repito, no aspiro á la felicidad de llamarla á V. mia. Las fatales creencias de su padre serian causa de que fuera V desgraciada y aun á costa de mi vida quiero ahorrar á V, del mas leve disgusto.

¡No se casará V. con el Vizconde!

¡Eduardo!

Al concluir la carta envano procuró Consuelo mantener su serenidad. Las lágrimas se agolparon á sus ojos y con un ademan suplicante.

¡Sálveme V. por Dios, dijo, V. que todo lo sabe, podrá sin duda evitar mi casamiento, despues..., despues.... ahi está mi mano.

Eduardo se apoderó de la mano que Consuelo le tendia y estampando en ella un respetuoso beso se alejó, presa el alma de los mas encontrados pensamientos.

. . . . . .

. . . . . .

Tres dias despues, solo se hablaba en la aldea, del desafio llevado á cabo por el Vizconde de la Florida y el jóven Eduardo Isturiz.

Todos ignoraban la causa, pero muchos sabian que el conde había recibido una carta de Arturo, el mismo día del desafio, concebida en estos ó parecidos terminos.

«Señor Conde: vivo, merced á la generosidad de mi adversario D. Eduardo Isturiz.

Por causas que no son del caso nos hemos batido en duelo por él provocado y aceptado por mí, como no podía menos.

Era á pistóla y á treinta pasos avanzando.

Yo tiré primero y mi bala pasó rozando su cabeza.

Esperé sereno mi suerte, pero en vez de dispararme como creia, arrojó lejos de sí el arma y viniendose hacia mí.

Su vida está en mis manos me dijo; no se la arrancaré si me jura V. por su nombre de caballero cumplir con la condición que voy á imponerle.

Concedida, dije viendo su generosidad.

Entonces me prohibió que diera mi mano á Consuelo, y como estoy convencido de que ella no me ama, no vacilé en prometerselo.

Dispénseme V. Señor Conde, si me permite darle un consejo, No conceda V. la mano de su hija sin consultar antes sus sentimientos.

Yo supúse que el generoso Eduardo aspiraba al puesto que yo dejaba vacante, pero me convencí de lo contrario al enseñarme el pasaporte que tenía ya para Italia donde piensa perfeccionarse en el arte á que se dedica.

Ignoro que ha podido impulsarle á provocar nn lance que hubiera podido costarle la vida.

Yo también marcho lejos de aquí, llevándome un grato recuerdo de su compañía.

Arturo.

. . . . . .

. . . . . .

Algunos meses despues de los acontecimientos que hemos relatado. Consuelo recibió una carta fechada en Roma que decía.

Cumplí mi palabra· no sé si á gusto de V. Si así ha sido tendrá una satisfacción en haberla servido de algo su afectísimo

Eduardo.

Otra carta tan lacónica como la anrerior fué su contestación inmediata.

Venid, decía: Libre por mis padres para conceder mi mano, os la ofrezco agradecida, si aun conservais hacia mi el cariño de otros tiempos.

Un año después, sin pompa ni aparato de ningún genero, se celebraban en la capilla de la casa blanca, los desposorios de Eduardo y Consuelo, que tan buena como siempre, no mereció que las comadres del lugar la retirasen el hermoso calificativo del *angel de la comarca.*

XXIX.

AL TOQUE DEL ALBA.

I.

Javier y Marta eran los jóvenes más envidiables y envidiados de la aldea.

Hija aquella de un matrimonio bien acomadado, era proclamada por sus compañeras como reina de las galas. Dios se había complacido en ceñirla la corona de reina de la hermosura.

Hacendosa, modesta, caritativa y afable, los mozos mejores del pueblo y sus cercanías disputábanse una sonrisa, una prueba de su cariño, que ninguno podia vanagloriarse de haber podido conseguir.

Javier no había sido favorecido con abundantes bienes de fortuna, pero en cambio nadie como él cuando de algun alarde de gallardía se trataba. Incansable en la danza, jugador de barra y de pelota sin rival, con la misma gracia *sacaba* un

cantar que entonaba una epístola en las misas de fiesta de primera clase.

Añadid á esto que era todo un buen mozo, y tendreis delineado el retrato de Javier que por otra parte ostentaba el nobiliario título de ser hijo único del sacristan de la aldea.

Javier y María se amaban, pero con ese amor puro, casto, ideal que es patrimonio exclusivo de las almas elevadas, con ese amor del que apenas queda muestra en los metalizados tiempos que corremos.

Todas las tardes, con la puntualidad de un cronómetro, acudían á sentarse, bajo el copudo olmo que daba sombra al pórtico de la iglesia, alli renobaban sus protestas de amor, y enumeraban con la fruición propia de los enamorados el cúmulo de felicidades de su futuro porvenir.

Oigamos el diálogo que sostenían al declinar la tarde de un hermoso día de primavera.

—Estoy enojada contigo.

—¿Por qué, María?

—Porque te olvidas de mí.

—¿Cómo?

—Si, voy ahora mismo á probártelo. Oye... ¿Por qué no estaba esta mañana en mi habitación el ramo de violetas que al despuntar de la aurora me arrojas todos los días?... ¿Por que hoy no has tocado al alba?... ¿No estamos convenidos en que ese delicioso repique de las campanas debo escucharle co-

mo el primer saludo que me diriges?. . ¡Ah! ¡Javier, Javier?... Mas constantes ó menos olvidadizos que tu, ni los jilgueros han olvidado sus cánticos en mis ventanas, ni el sol ha negado su primer rayo de luz á mis macetas.

—¡María, María, que cruel eres conmigo! ¿No sabes que te amo con toda mi alma? ¿Desde el momento en que tuve la dicha de saber que tu me correspondias, te han faltado algun dia esas pruebas de mi amor que hoy has echado de menos? ¿No sabes el motivo que me alejó ayer de tu lado? ¡Ay María de mi alma! Estoy triste por que veo dudas de mi cariño y porque presiento que pronto nos separaremos acaso para mucho tiempo, tal vez ¡Dios mio! para nunca volvernos á ver.

—¿Qué dices, Javier?

—Si, ya sabes la desgracia que tuve en el sorteo de los quintos. El número uno de la suerte sonó en mis oidos como presagio de nuestras desdichas, como mensajero de nuestra eterna desventura. Embebidos en nuestro amor, no pensamos que llegaría el momento de nuestra separación, y ayer fuimos llamados á la capital para inscribir nuestros nombres en el libro de los desgraciados. ¿Comprendes ahora el por qué te ha faltado el ramo de violetas, la causa de que al alba no te haya saludado con el alegre repique de las campanas?

Al concluir su relato, Javier se limpió con el dorso de la mano las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos, y Ma-

ría, enjugó con el cabo de su delantal, las abundantes que corrían por sus hermosas mejillas.

II.

Pasaron algunos meses; Javier y María, entregados á su dicha del presente, no pensaron en las desgracias del porvenir.

Todas las mañanas, Javier formaba un pequeño ramo, que arrojaba por la ventana de la habitación de su amada, y ligero, sonriente, feliz, se dirigia á la torre de la Iglesia para alegrar la campiña con el hermoso toque del alba.

Allí, en medio de los encantos que encierra la venida del nuevo día, extasiado con el puro recuerdo de su amada, hacía vibrar el metálico repique de las campanas, que recordando era escuchado por María como un saludo matutino, le convertía en una armonía dulce, lánguida, apasionada, arrebatadora.

Una tarde, despues del coloquio amoroso de costumbre, Javier y María, se separaron tristes, pensativos y como dominados por un siniestro presentimiento: habían divisado lo lejos algunos militares, y sin causa que le motivara, juzgaron de mal agüero su aproximación.

María pasó la noche agitada, el sueño huyó de sus párpados, y en la intranquilidad de su espíritu creyó ver negras visiones, espantosos fantasmas que huian con rapidez vertigino-

sa llevándose uno por uno los encantos de sus doradas ilusiones.

Llegó la hora del amanecer, algunos rayos de luz empezaron á filtrarse por su entreabierta ventana y los pajarillos saludaron al nuevo dia con sus alegres gorgeos.

Una campanada se escuchó y Maria como impulsada por una fuerza eléctrica, saltó de su lecho y elevó una oración de gracias al Todopoderoso.

Pero pronto la oración espiró en sus labíos y trémula, anhelante, acongojada, corrió á la ventana y prestó atento oido.

El toque del alba que empezaba, no era aquel toque alegre, poético, apasionado de otras veces, no era aquel saludo bullicioso y sonriente de otras mañanas, no era el grito arrebatador de la esperanza, era mas bien el sollozo angustioso de la realidad, el gemido de dolór del desengaño.

Casi al mismo tiempo y en una calle inmediata, las agudas notas de una corneta tocando diana contribuyó á aumentar la zozobra que dominaba á María y algunos momentos despues un compacto grupo asomó por la calle en que vivia.

Con los militares de la víspera, los quintos abandonaban el pueblo que les vió nacer, tal vez para siempre: entre ellos iba Javier que al llegar junto á la ventana de Maria no tuvo tiempo mas que para mandarla un entrecortado ¡adios! y verla caer exánime en su estancia.

Entretanto las campanas sonaban de una manera fatídica, lugubre, dolorosa; el toque del alba se habia convertido en un clamor funeral.... Maria había muerto.

III.

Seis años despues al decliner de una tarde, un militar regresaba á su casa despues de cumplir el tiempo de su servicio.

A medida que se acercaba al pueblo, sus ojos se llenaban de lagrímas y hondos suspiros se escapaban de su pecho. Cuando divisó el campanario de la Iglesia como atraido por una fuerza magnética se dirigió hacía ella. Alli estaba el olmo y el asiento, testigos de su perdida felicidad, alli estaba el camposanto que encerraba el cuerpo de la mujer que mas habia querido en el mundo, alli se alzaba una modesta cruz puesta por piadosa mano, con esta sencilla inscripción ¡¡¡Maria!!!

¡Pobre Javier! Despues de llorar largo rato sobre aquella tumba adorada, se dirigió hacia su casa con el tormento en el alma y el corazón transido de dolor.

Desde entonces, todas las mañanas, antes del roque del alba, se dirige Javier al camposanto y deposita sobre la tumba de Maria, un sencillo ramo de violetas silvestres.

Su amor como de esencia divina fué mas allá de esta mezquina y terrenal morada.

XXX.

LA CÉDULA DE LOS MUERTOS.

Pues señor... y conste que no es cuento, aunque este sea el principio obligado de todos ellos.

El hecho es rigorosamente histórico y exacto: tan exacto que fué presenciado por concejales, escribanos, catedráticos, escribientes y otras personas de mayor escepción, cuyos nombres estámos dispuestos á citar si en duda fuera puesta la veracidad de nuestro relato.

Sitio de la escena, la secretaría de ayuntamiento de cierto pueblo de cuyo nombre me acuerdo y no quiero decir, en un día de expendición de cédulas personales con cincuenta por por ciento de recargo municipal, socorrido papelejo inventado por nuestros *económicos* gobernantes, sin el cual Juan no es Juan, ni Pedro es Pedro, ni el hijo es hijo de su padre, ni el hermano es hermano de su hermano.

El día 12 de Septiembre de 1889 y fíjese bien el benévolo lector en las fechas, pues en ellas es donde está la gracia de la historia, se trataba de expedir la cédula *personal* de un individuo que habia muerto el 23 de Junio anterior y que segun

el encargado de aquella comisión le era indispensable para acreditar la *personalidad del interfecto.*

Pero hombre por Dios..... argüía la angustíada viuda, que *atentamente* notificada había acudido ante el desfacedor de chanchullos y suplantaciones.

¿Como ha de acreditar su personalidad un individuo á quien la muerte hace tanto tiempo que convirtió en ex-persona?

No importa replica el encargado: le es absolutamente indispensable para los efectos de la ley.

No sabe usted que sin este importante documento ni se pueden incoar pleitos ni hacer testamento, ni recibir legado ni comparecer ante ningun tribunal ni ser amparado por las leyes?

—¿Que leyes ni que niño muerto, si donde se encuentra mi pobrecito marido nó llegan las de este mundo?

¿Que tribunales si allí no hay mas que uno y esé es infalible é inapelable?

No importa, insistió el encargado; la cédula es de necesidad.

—Pero si murió el 23 de Junio, fíjese usted bien.

—No importa.

—Antes que empezára el año *económico* presente.

—No importa

—Murió con su cédula personal pasada y no caducada;

murió legalmente es decir, *dejó de ser persona* con todos los requisitos que ustedes exijen hasta para morirse.

Y al hacer esta serie de justísimas observaciones, á la pobre viuda se la desprendian unos lagrimónes como puños.

El escribano compadecido de su dolor terció en el debate, é hizo al espendedor del indispensable documento esta sustanciosa pregunta...

—La cédula, ¿Es un documento personalísimo?

—Si señor.

—Pues entonces este *cadáver* no la necesita.

Conforme, dijo el catedrático.

Conformes, dijéron los concejales.

Conformes, repitieron á coro todos los estantes y habitantes del local.

Sin embargo el *no importa* volvió á escucharse con toda *la irresistible fuerza de su lógica.*

De nada sirvió el llanto de la viuda que para comer hubiera deseado los quince reales que por la cédula la exijian (9.ª clase 10 reales: recargo municipal 50 por ciento), de nada sirvieron las incontestables razones que los presentes adujeron contra tan incalificable arbitrariedad.

Ante la amenaza de no estenderla la suya y por consiguiente de anular su personalidad de viuda y heredera de difunto, consintió en que *la cédula personal del muerto fuese estendida.*

Nuevo conflicto. El documento que para evitar falsedades fué inventado, resultaba falso desde la cruz á la fecha, es decir desde el número hasta la firma del alcalde.

Asi lo declararon todos y especialmente la viuda en cuyas manos ya se encontraba el papelejo omnipotente.

Esta, queriendo quemar hasta el último cartucho, esclamó indignada despues que de él se hubo enterado.

—Yo no admito esto.

—¿Porque?

—Porque es absurdo hasta lo inverosimil, porque aqui se ha formado una amalgama monstruosa con lo que és y lo que no és, con lo presente y lo pasado, con lo vivo y lo muerto! porque este documento resulta una contradición inmensa con la lógica, la gramática y el sentido comun, porque donde dice *natural de.....* debe decir *natural que fué...*

—Se confunde lastimosamente el presente con el pretérito perfecto de indicativo, objetó el catedrático.

—No importa, me atengo al libro de empadronamientos.

—De ex-empadronamientos querrá V. decir.

—En fin, pase por *lo de la naturaleza*; pero lo que no consiento es *lo de la profesión.*

Aquí se consigna que un individuo que murió hace tres meses, ejerce en la actualidad la profesión de zurrador de cueros.

Sustituya usted eso por la de *alimentador de gusanos* y esa será la verdad volvió á decir filosoficamente el catedrático.

—No importa; no puede ser, asi consta en el libro del año pasado.

—Perfectamente, en el libro del año en que murió y del que tenia su corrrespondiente cédula.

—Pero esto es horrible: aqui mas abajo leo... *habita en la calle de... n.°*... ¿Conque habita? Por Dios y por todos los Santos... ¡Que mas quisiera yó! Si donde habita es en el campo-santo, calle primera, serie n.° 2, sepultura 45... mire usted... mire usted el recibo de haber satisfecho tambien el alquiler de su triste morada.

—Señora, entonces como lo vamos á componer. El ayuntamiento dió el año pasado el padrón de los habitantes de este Pueblo; en él figuraba su esposo vivo: con arreglo á el, le han remitido la cédula, ¿quien le ha mandado á su marido morirse tan estemporaneamente?

¿Crée usted que el ayuntamiento ha de perder el importe de esta cédula? Pague usted y para lo sucesivo sepan elegir el tiempo de sus defunciones.

—Bien, pues en ese caso; dijo el escribano, puesto que el ayuntamiento rico y todo como és no se resigna á tener una pequeña partida fallida en sus ingresos, puesto que juzga preferible el que una pobre viuda se desprenda de lo que tal vez

le sea necesario para su subsistencia, estiéndase la cédula objeto de esta discusión de la siguiente manera:

Núm. 125 — Cédula expersonal
Año económico de 1889-90 — 9.ª clase
Provincia de Soria... — 2 *pesetas* 50 *céntimos.*

Don Cornelio de Toro Bravo natural *que fué* de Tajueco, provincia de Soria, *de* 54 *años de vida y tres meses de muerto* de estado *cadáver* y profesión, *ánima del Purgatorio*, habita en la calle primera, serie n.° 2, sepultura n.° 45 y reside habitualmente *en el cementerio.*

El interesado, — *El alcalde*,
No firma porque ya vé usted...

Así y solo así, podré dar fé de la veracidad de este documento, y en verdad os digo, que solo así lo haría en caso de que se me exijiera.

Para terminar. La viuda pagó, el ayuntamiento no perdió el importe de la cédula y el mundo en tanto *siguió caminando por el piélago inmenso del vacío.*

XXXI.

NOBLEZA Y ARISTOCRACIA.

Prescindiendo de la mala interpretación que de la palabra *aristocracia* se hace, porque significando solo la forma del gobierno de los nobles, se aplica indistintaménte á las clases elevadas de la sociedad; hemos de ocuparnos tambien de la frecuencia con que se comprenden en una sola, como sinónimas, las dos palabras con que encabezamos este artículo.

Nada mas absurdo sin embargo; hay muchos nobles que no son aristócratas: hay infinidad de aristócratas que no son nobles.

La nobleza es una, la aristocracia múltiple.

De aqui la división en aristocracia de la cuna, del dinero, de la virtud, del talento etc.

Hemos respetado y respetamos á la nobleza en su verdadera acepción.

Nos hemos reido siempre de los que ostentando títulos nobiliarios, no conocen más nobleza que la *escrita* en los per-

gaminos de sus antecesores, ó la *esculpida* en los cuarteles de sus armas.

Nunca hemos podido explicarnos el absurdo de la herencia nobiliaria.

¿Que importa que el Cid, Guzman el Bueno y Bayardo fueran los caballeros sin miedo y sin tacha de su tiempo, si sus descendientes no han sabido guardar el sagrado depósito de la nobleza en aquellos vinculada?

Comprendemos la herencia y respetamos el legado cuando los sucesores, por sus actos, por sus virtudes ó por los servicios prestados á su patria, pueden ostentar con orgullo el escudo inmaculado de sus ascendientes.

En los pasados tiempos y en la edad média sobre todo, ni se perdonaba medio, ni se omitía sacrificio por conservar el brillo de los blasones.

Hoy el explendor de aquellos está en rázon directa del dinero que se posée cualquiera que sea su procedencia; de la suntuosidad de los *sarâos*, ó del lujo de los trenes.

Nosotros hemos visto expléndidas fiestas. Salones amueblados con un lujo digno de las mil y una noches. Mujeres cuya elegancia estaba en relación con el escote de sus trajes, brillantes, oro, sedas, costosisimas libreas, accesorios en fin que representaban una fortuna inmensa y que solo habian de durar muy breves momentos, y no hemos podido reprimir un movimiento de disgusto si es que no han asomado las lágri-

mas á nuestros ojos al ver á la puerta misma de aquella mansión encantada, una madre aterida de frio, demandando una moneda de cobre para comprar pan á sus inocentes hijos.

Nosotros hemos visto exponer cantidades enormes al azar de la velocidad de un caballo, ó de la destreza de un Jockey, al mismo tiempo que despedir con desprecio al honrado obrero que inutilizado en el andamio en que ganaba la subsistencia para su familia, se vé obligado á implorar la pública caridad.

Nosotros hemos visto muchas mujeres aristócratas que teniendo en más sus comodidades que sus deberes, han entregado sin tener necesidad de ello los hijos de su conveniencia (por que de su amor no puede ser) á una asturiana privándoles del nectar de sus pechos maternales.

Por eso nuestra inolvidable Reina D.ª Maria Victoria, nos imponía cariño y admiración.

Por eso la reina Sta. Isabel curando leprosos en un hospital, nos impone veneración y respeto.

Por eso en nuestro humilde modo de pensar, los favorecidos por la cuna ó el dinero serán aristócratas, pero no merecerán el dictado de nobles, mientras no empleen algo de su fortuna á enjugar las lágrimas de sus hermanos.

No es suficiente socorrer en parte las necesidades colectivas fundando asilos, es necesario remediar la pobreza personal visitando guardillas.

No es bastante pertenecer á ese sin número de sociedades filantrópicas de las que muchos individuos solo forman parte

por el orgullo de ver sus nombres impresos al frente del donativo en ellas depositado.

El noble, el verdadero noble, ejerce la caridad y al ejercerla cumple su mas indispensable requisito; su mano izquierda no sabe el bien que ha repartido la derecha.

En este siglo de escepticismo, en esta época dominada por la sed de oro, la aristocrácia de la virtud, la aristocrácia del talento, se ven postengadas á la de la cuna y el dinero..... no importa; el sabio y el virtuoso viven después de su muerte.

La aureola de gloria que hoy circunda á Calderón de la Barca y á Santa Teresa de Jesús, no es debida al esclarecido orígen de su linaje.

¿Porqué tantas damas de nuestra aristocrácia *intentaron* emparentar con esta última Santa, con motivo de su tercer centenario?

Fué porque descendía de la linajuda casa de los Cepedas, ó fué porque tenían á grande honra pertenecer á la familia de una mujer tan sábia y tan Santa como ella.

Fué por lo último indudablemente.

¿Y que prueba esto? Que la aristocracia de la cuna, que la aristocracia del dinero está muy por debajo de la de la virtud y de la del talento.

Se comprende fácilmente: un *noble*, un rico, se hacen en virtud del decreto de un hombre, tan fanático acaso como D.

Carlos II, ó tan sanguinario como Don Pedro I; y las patentes de virtud y de talento estan expedidas nada menos que por la mano de Dios.

APÊNDICE.

He terminado, lector carísimo este librejo, en el que si has tenido la paciencia de leerlo hasta su fin, habrás visto confirmado cuanto en su prólogo te decía.

Convencido plenamente de su escaso mérito, jamás me hubiera atrevido á someterlo á tu recto fallo sin las reiteradas instancias de algunos buenos amigos que por el hecho de serlo no han visto en él los infinitos defectos que yó soy el primero en conocer y que mi escaso talento no ha sido bastante parte á poderlos corregir.

De todos modos, al catálogo de los hechos consumados corresponde su publicación y como yá el daño esta hecho, procuraré aminorarle en cuanto sea posible y á este fin tienden las ligeras notas que he de apuntar en este apéndice.

Tal vez habrás encontrado en las anteriores composiciones poéticas algun concepto oscuro, alguna idea borrosa, algun cuadro que por su falta de detalles mas bien te haber

parecido boceto: á remediar estos defectos tiende esta pequeña adición, ya que la obra sea mala que sea á lo menos clara.

Podria haberlo subsanado con *llamadas* y notas puestas al pie de las composiciones, pero tratandose de las poéticas me ha parecido mejor ponerlas al fin de modo que puedan consultarse despues de leidas aquellas.

La razon en que me fundo tiene en mi concepto grandísima fuerza: si la armonía, el ritmo y la cadencia son ineludibles vestiduras de toda composición poética, es indudable que si aquella se interrumpe para consultar una nota, prosaica muchas veces, el encanto del oido queda roto y el verso incompleto y mutilado.

¿Que juzgarias de un compositor que habiendo escrito una sinfonía, interrumpiera á cada momento á sus ejecutantes para esplicar al público los *motivos* de sus diversas partes musicales?

Esto sentado, te esplicaré como, cuando y porqué fué escrita la primera de las composiciones poeticas que has tenido la paciencia de leer.

——

I.

¡¡¡NUMANCIA!!!

En todos los periódicos que por el año de 1881 se publicaban en Soria y entre ellos en *El Deber* correspondiente al 21 de Agosto de aquel año se insertó un suelto que anunciaba una hermosa idea de aquella Corporación municipal y que decía así:

«Entre los festejos con que el M. I. Ayuntamiento de esta Ciudad ha acordado celebrar la festividad de su patrono San Saturio, aunque disponiendo de escaso tiempo para ello, se halla la celebración de un certámen literario y juegos florales á cuyo fin se anuncia el primero bajo las condiciones siguientes»

Aquí enumeraba los diversos temas y premios que se habian de adjudicar y entre ellos estaba el siguiente:

«Un premio, consistente en un pensamiento de oro, diploma de honor y cien ejemplares impresos, al autor de la mejor composición en verso de metro libre sobre el tema *¡¡¡Numancia!!!*»

Numancia; ¿Quien no se siente inspirado ante este mágico nombre?

¿Quien no siente su pecho enardecido al evocar el recuerdo de esta epopeya de las epopeyas?

Esto me sucedió y *audaces fortuna juvat* me dije, al certamen fuí con esta composición muy ageno por cierto de que pudiera merecer el galardon consignado, donativo del senador é incansable defensor de los intereses de la Provincia D. Basilio de la Orden.

Grandioso era el asunto del cuadro.

Escasísimas las fuerzas del pintor; por eso invoqué el auxilio de los dioses del genio en las dos prímeras octavas.

——

Quince meses de sitio porfiado
sufre el valiente pueblo Numantino:
secretos emisarios ha enviado
al Arévaco pueblo su vecino;
ayuda fraternal no han alcanzado
las súplicas del martir Caravino.

. . . . . .

. . . . . .

He aquí lo que el P. Mariana escribe sobre este particular.

«Un hombre de grande ánimo y osadia llamado Retógenes Caravino con otros cuatro, por aquella parte que los reparos de los Romanos eran mas flacos y tenian menos guarda, escalado el valladar y degollados los centinelas y escuchas, se enderezó á los pueblos llamados Arevacos donde en una junta de los principales que para esto se convocó les rogó y conjuró por la amistad antigua y por el derecho de parentesco no desamparasen á Numancia para ser saqueada y asolada por el enemigo que encendido en corage y en deseo de vengarse no tenia olvidadas las injurias que ellos le habian hecho. Con ése razonamiento y con abundancia de lágrimas que derramaba, con echarse en tierra y á los pies de cada uno tenia ablandados los corazones de muchos. Pero como quiera que á los desdichados y caidos todos les faltan, prevaleció el voto de los que sentian que no convenia enojar á los Romanos»

Nada se sabe que aconteció al intrépido Retógenes, pero de suponer és que incorporado á la gente moza de Lutia, única que acudió en ausilio de los sitiados, sufriera la muerte ó la mutilación de la mano derecha, como otros cuatrocientos de áquellos esforzados guerreros.

—=—

Y son los muertos en tan duro instante
de los vivos banquete repugnante.

El mismo historiador dice:

«Despues de esta pelea los Numantinos por algunos dias se sustentaron con los cuerpos muertos de los suyos»

Inutil me parece seguir esplicando otros versos de esta composición pues no hay seguramente Español que no sepa hasta los mas pequeños detalles de aquella jigantesca y patriótica hecatombe.

IV.

FLORES Y ESPINAS.

En el certámen literario anteriormente citado, presenté tambien esta composición, aspirando al premio de las de asunto y metro libre, obteniendo del jurado mención honorifica.

(Acta levantada por este y el M. I. Ayuntamiento el dia 5 de Octubre de 1881)

XVII.

LÁ BATALLA DE ALARCOS.

No he podido esplicarme la causa por la que este tema fué elegido para el certamen literario celebrado en Soria el dia 5 de Octubre de 1882.

Una derrota como la que esta batalla recuerda, se presta poco á patrióticas inspiraciones.

De todos modos y por no perder la costumbre de asistir á estas brillantes fiestas del ingenio, al certamen acudí con esta composición siendo premiada con el accesit y diploma de honor.

Allah-acbar—Gran Dios: grito de guerra de los Arabes.

¿Fué que cobardes una vez huyeron
ó fué de Dios un ejemplar castigo?

Refierense estos versos á la fanática creencia de que la pérdida de la batalla de Alarcos por el ejercito cristiano fue un

castigo de Dios por los torpes amores del Rey con una Judía á quien los nobles hicieron matar en Toledo.

Hizo mal no esperar, no es mas pequeño
quien ayuda recibe de un hermano...

Don Alonso, Rey de Castilla, concertó una alianza con los de Navarra y Leon para oponerse al enemigo comun; por ella ninguno de los tres ejércitos en particular podría presentar la batalla, pero impaciente el Castellano y tal vez porque los Navarros y Leoneses no tuvieran participación en el botin, acometió temerariamente á las innumerables huestes Musulmanas, dando por resultado la memorable derrota de Alarcos.

XVIII.

¡¡¡CARIDAD!!!

En la memoria de todos están las horribles catástrofes que en las provincias Andaluzas y sobre todo en la de Granada, produjeron los terremotos de 1885.

En *La Propaganda*, periódico que por entonces veía la luz pública en el Burgo de Osma, bajo la dirección del malo-

grado D. Enrique Escribano, se abrió una suscripción á beneficio de aquellos infelices habitantes, coincidiendo la publicación de esta poesia con la apertura de aquella.

El hecho de haber sido reproducida por muchos periódicos y entre ellos en el extraordinario ilustrado del *Eco de Ecija* publicado para allegar recursos con su venta á tantos desgraciados, me ha impulsado á darle cabída en esta pequeña colección.

XIX.

31 DE DICIEMBRE DE 1885.

En este año de triste memoria, España gimió bajo el peso de un cúmulo inmenso de calamidades.

El desbordamiento de muchos rios, principalmente el Segura, sumió en la miseria á miles de infelices labriegos.

Los terribles terremotos de Andalucia, redujeron á escombros infinidad de pueblos que sepultaron entre sus ruinas incalculable número de habitantes.

El cólera diezmó muchas comarcas y causó la tremenda mortandad de Monteagudo en nuestra Provincia:

Los Alemanes intentaron apropiarse nuestras Islas Caro-

linas y por último el Rey D. Alfonso XII murió en su palacio del Pardo el 24 de Noviembre.

A este triste suceso alude la sesta quintilla de esta composición, que fué escrita bajo la impresión de tantas desgracias.

XX.

MI TIERRA.

—

XXIII.

ANTE LAS RUINAS DE USAMA.

—

XXVII.

LA TRADICIÓN.

—

Composiciones escritas para el ilustrado periódico *Recuerdo de Soria* en los años 1888, 1891 y 1892 respectivamente.

XXII.

A LA CIUDAD DE SORIA

EN LA FESTIVIDAD DE SU PATRONO SAN SATURIO.

—=—

El año 1890, despues de algunos de lamentable interrupción, el Ayuntamiento de Soria volvió a tomar el laudable acuerdo de convocar á un certámen para solemnizar los festejos de su Santo Patrono, y entre los diferentes temas propuestos figuraba el siguiente:

«Composicón lírica de metro libre en honor de San Saturio.»

A este certámen fué presentada esta composición, mereciendo de la bondad del jurado el premio ofrecido por aquella ilustre Corporación, consistente en diploma de honor y un artístico entredós de terralité.

FIN.

INDICE.

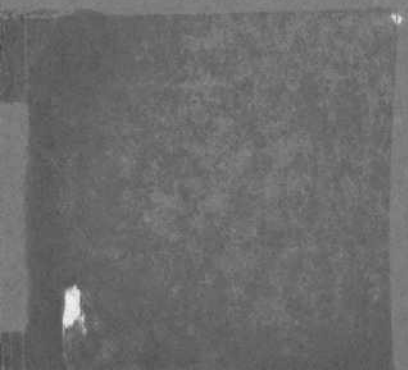
		Páginas.
	Prólogo.	3
I	¡¡¡Numancia!!!.	9
II	A mi hija Antonia en el día de su nacimiento	15
III	Ilusiones perdidas.	17
IV	Flores y espinas.	20
V	Un sueño.	24
VI	La dote de un artista.	27
VII	Epígramas.	30
VII	Melancolía.	33
IX	Ayes del alma.	35
X	El torrente de la vida.	37
XI	El testamento del año.	41
XII	Carnaval sempiterno.	45
XIII	La Gata Coqueta.	48
XIV	La Virgen del Retamar.	50

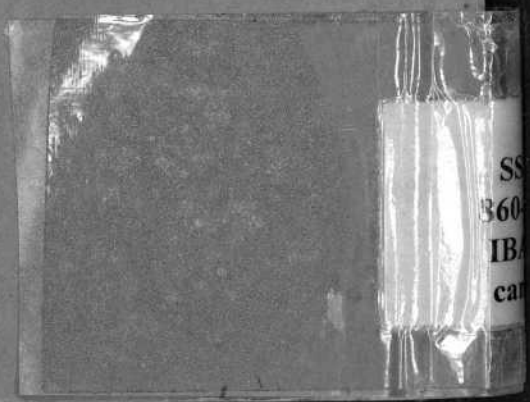
		Páginas.
XV	Acertijo.	79
XVI	Recuerdo del tiempo viejo..	81
XVII	La Batalla de Alarcos.	82
XVIII	¡Caridad!	91
XIX	31 de Diciembre de 1885.	94
XX	Mi tierra.	96
XXI	La ciencia.	99
XXII	A la Ciudad de Soria.	103
XXIII	Ante las ruinas de Uxama.	111
XXIV	A la Ciudad de Burgos.	115
XXV	El destino.	116
XXVI	El último instante.	117
XXVII	La tradición.	118
XXVIII	El ángel de la comarca.	123
XXIX	Al toque del alba.	141
XXX	La cédula de los muertos.	147
XXXI	Nobleza y aristocrácia.	153
	Apéndice.	158

FÉ DE ERRATAS.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
22	13	jugetes	juguetes
23	22	tu	su
31	17	un	una
32	21	majister	magister
58	1.ª	imponente	impotente
68	8	repitiendo	repitiéron
74	7	bajo	baja
86	11 y 12	con su provervial valor con su noble corazón	con su proverbial valor con su notoria hidalguia con su noble corazón
88	5	No	Nó,
88	14	moruña	moruna.
100	7	voló á los lejanos lugares	voló á lejanos lugares.
141	1.ª	Marta	María.

FE DE ERRATAS





SS
60-8
IBA
can